

NIÑOS EN ANÁLISIS

EL SÍNTOMA ES UN DECIR

La infancia es un periodo en el que los acontecimientos de la vida parecen tener un impacto más directo y manifiesto sobre el psiquismo que en la edad adulta. En efecto, el niño no tiene todavía los medios de soportar la angustia, y habitualmente los cambios no pueden expresarse más que a través de manifestaciones sintomáticas que afectan al cuerpo o a la conducta. A veces, el síntoma parece pegado al sujeto, atascado, y le mantiene en una posición de menosprecio que él no tiene modo de comprender. Se trata entonces de descifrar el síntoma singular que manifiesta bajo formas aparentemente aberrantes o incomprensibles, tales como el fracaso escolar, la tristeza o la agitación, el desinterés tenaz hacia cualquier aprendizaje o la ausencia de deseo para asumir un rol en la sociedad.

El material significativo del síntoma puede ocupar una parte del cuerpo y provocar síntomas corporales. El niño puede también estar atravesado por preocupaciones desquiciadas, terroríficas, tales como la angustia de padecer enfermedades mortales, miedos insoportables relativos a su cuerpo, ideas de intrusión que le paralizan. La relación con su madre a veces puede manifestarse en forma de una fusión con ella hasta el punto de que teme perder el precioso lugar que para ella ocupa; su sufrimiento le impide entonces separarse de ella y crecer. Los celos son también un motivo frecuente de consulta; el niño ve como un rival a un hermano o una hermana, lo que produce una *embolia* en su vida y hace difícil la de la familia. A veces, un malestar recurrente acompaña al niño: esto puede ir desde dificultades para dormir hasta manifestaciones somáticas de repetición; desde dificultades escolares hasta enuresis y encopresis. En otras ocasiones, la agresividad, la inconstancia, las cóleras repetidas, o, al contrario, la depresión, las fobias, ciertos ritos o un rechazo escolar preocupan a los padres. En la adolescencia, la angustia, el repliegue sobre sí mismo, o, al contrario, el rechazo a las reglas, los trastornos alimenticios como la anorexia y la bulimia, las toxicomanías y las adicciones diversas comportan demandas frecuentes de consulta. Estos síntomas, ya sean

correlativos a un acontecimiento o no, son las manifestaciones de un corte o de un conflicto con el Otro, y, más extensamente, de un sufrimiento.

El síntoma es un mensaje, nos dice Freud. Quiere decir algo. Es el resultado de una represión en la neurosis, de la negación o de la forclusión en la psicosis. Dice algo pero de manera oculta, que no puede descifrarse por aproximación o mediante un saber formateado, algo que practica y defiende un tipo de psicología adaptativa. Teniendo en cuenta que debe ser escuchado y tomado en serio, el síntoma del niño debe ser considerado lo más sensible de la experiencia infantil.

Es en la cura analítica en la que un trabajo de desciframiento permite una lectura de ese síntoma. En efecto, el síntoma se presenta la mayor parte de las veces como un enigma para el sujeto mismo, algo que se produce a pesar suyo y que él no comprende.

Entonces, el psicoanálisis con niños es de entrada el lugar en el que se nombran los problemas y donde el niño deja de considerarse como alguien que padece su propio síntoma, sino como aquel que tiene una responsabilidad en lo que le sucede. El analista le ayudará a darse cuenta de lo que se presenta en su síntoma. Muchos niños, en efecto, padecen sus síntomas como un mal que les paraliza, les avergüenza o les hace desgraciados. Para evitar estar triste y sufrir, el niño puede instalarse en su síntoma, y para liberarse psíquicamente de él, negarlo. No solo los adultos niegan sus síntomas, también lo hacen los niños. Para el trabajo de análisis, la función del síntoma se tiene en cuenta, se reconoce y se trata en su dimensión causal, lo que los aligera a menudo muy rápidamente.

Ahora bien, si el síntoma es un *querer decir*, también es un goce que se impone al sujeto. En efecto, Freud se dio cuenta muy pronto de que la desaparición del síntoma no provoca la curación, sino la aparición de otro síntoma o bien el retorno del mismo. Pues el síntoma es también satisfacción libidinal. Su repetición muestra que el sujeto, aun queriendo no estar sometido a ella, experimenta un goce que le sobrepasa en la realización misma del síntoma. Lacan llamó a esta relación del sujeto con este exceso de satisfacción pulsional «goce», y llamó al síntoma «goce-sentido»¹ para indicar que el significante que está ahí implicado es a la vez lo que produce sentido y procura un goce, que se trata de un sentido gozado.

Este significante, «goce-sentido», no es accesible para el analizante adulto más que después de un largo trabajo de análisis, una vez descifrada la significación de sus síntomas y atravesado su fantasma inconsciente. Justamente por eso, el significante

puede permanecer velado e incluso ignorado por el sujeto. Pero solo el hecho de ser aislado por el analista permite un efecto terapéutico: despegados los unos de los otros, los significantes del síntoma del niño pueden de nuevo circular y jugar de manera más libre en la cadena que los estructura. El efecto de simbolización de la palabra encuentra ahí su función más eminente.

Ciertamente, no hay psiquismo sin síntoma: no todos son molestos o fijos. Por ello, la consulta con un psicoanalista solo se realizará cuando el síntoma moleste y a menudo haga sufrir al niño y/o a sus allegados, dado que es la expresión de un desorden que puede también leerse como una respuesta a lo que no funciona en el Otro. Los niños, en efecto, son extremadamente receptivos a la manera en que se les habla, y también a la manera en que se les trata. En el tema de los malos tratos, por ejemplo, el niño reacciona a los acontecimientos traumáticos de los que él es objeto y que él sufre sin necesariamente entender lo que le sucede.

La política de sanidad obliga desde hace muchos años a todos los profesionales de la infancia a una gran vigilancia con respecto a los malos tratos y al incesto. En cada servicio, nos encontramos con casos de este tipo. Estas cuestiones son siempre extremadamente complejas, pues el niño no es alguien que genera un síntoma, sino alguien que es objeto de actos perversos o de conductas trastornadas. Esto provoca que cambie totalmente el trato que debe recibir. A veces, el sentido de sus síntomas no se lee más que a través del prisma de este traumatismo. Siempre es necesario un trabajo con la justicia, en el que cada parte debe ocupar su función. Debe señalarse de entrada la patología familiar, a menudo en el origen de conductas incestuosas o perversas, incluso antes de que pueda ofrecerse ayuda, si es que esta se desea, para cada miembro de la familia. El niño debe tenerse en cuenta únicamente en este sufrimiento que a menudo no pudo expresar, pues el adulto abusador le prohibió hablar, incluso manifestar cualquier tipo de signo acerca de la relación que tiene con él. Los lugares para descifrar los signos de sufrimiento —que el niño, a pesar suyo, no puede ocultar— permiten ser escuchados como síntomas que, de entrada, puede parecer que no tengan relación con el abuso. El niño asume estos síntomas como si buscarse con ello castigarse por una falta de la que él es víctima. Si se genera suficiente confianza, el niño podrá expresar su queja y hablar de ello. Sin embargo, el miedo a traicionar o a hacer daño a sus padres es a menudo tan intenso que le impide franquear el paso a la palabra; será entonces cuando el analista

podrá pronunciar, de entrada, las palabras que atenuarán su culpabilidad y que le ayudarán a hablar de lo insoportable.

Incluso cuando no se trata de casos extremos, como los que acabamos de mencionar, el psicoanálisis da cuenta de una clínica en la que el síntoma del niño se manifiesta de manera muy ruidosa. No es extraño encontrar a padres que se exceden en las quejas sobre su hijo: que no para de gritar, de llamar la atención, de hacer el payaso, de desobedecer sistemáticamente. El niño se vuelve imposible; se siente de hecho no amado y rechazado, cuando es en realidad él quien provoca en su entorno la reacción negativa. Se vuelve, digámoslo así, insoportable. Pero ¿a qué responde este cambio? La pregunta se abordará durante las entrevistas que el psicoanalista mantendrá con el niño y, a veces, también con los padres.

Los niños no siempre han tenido la posibilidad de subjetivar su propio síntoma, es decir, constatar que algo no va bien. Son entonces los padres los que vienen a buscar alguna explicación. La inquietud paterna permite así introducir en el niño la pregunta sobre lo que le hace sufrir. El padre pide a menudo entender las razones de las manifestaciones sintomáticas, pues se siente implicado en lo que le sucede a su hijo. Y este hecho demuestra que el síntoma de un niño está atravesado por el sentido que le da el Otro paterno.

Entonces también se da una clínica paterna, pues el hecho de venir a consultar por un niño también afecta a los padres que lo acompañan. Por ello, a veces proponemos un tratamiento para la madre o el padre que le ayude a comprender lo que está en juego en la relación con su hijo. Muchos padres están dispuestos a cuestionarse su situación. Lacan ideó una fórmula muy adecuada para calificar tal posición: habló de «padre traumático»,² que es aquel que, «inocentemente», sin saberlo, provoca un trauma a su hijo o su hija. Otros tienen la idea contraria y rechazan todo tipo de implicación en la problemática de su hijo. No querer saber nada puede ser una defensa útil y necesaria, y hay que tener en cuenta que no siempre es adecuado atacar la defensa de quien intenta protegerse. De todas maneras, este posicionamiento que toma el padre no le impide acompañar a su hijo a sus sesiones; simplemente, rechaza que lo que le concierne como padre o como madre sea restituido para él bajo la forma de una pregunta sobre sí mismo.

En las demandas paternas, de los profesores, educadores, etc., se escucha a veces el imperativo cientificista que reclama un saber cifrado del síntoma y no espera otra cosa que un diagnóstico cuya pretensión sería organizar un sistema de casillas que cada niño

debería marcar. Estas nuevas consignas extraen de las terapias conductistas sus significantes maestros: reeducación emocional, condicionamiento positivo, modificación de las conductas, tareas cognitivas y conductuales, etc.

El enfoque psicoanalítico estima que es problemático reducir la psicopatología a un diagnóstico preestablecido o, llegado el caso, a un pronóstico que lo acompañe. Querer suprimir el síntoma como si fuese una infección microbiana no hace más que obligar al sujeto a reforzar su defensa. El síntoma no es la enfermedad. No es más que la pequeña punta que se ve y que molesta. Es lo que sirve para recubrir la herida y despistar sobre lo que ocurre. No será posible ningún tipo de restablecimiento si uno se contenta con aplicar una tirita. Además, en lo que respecta a la patología mental, una descripción nosográfica corre el riesgo de fijar los elementos patógenos, volverlos rígidos, y hacer de la evolución algo más difícil. La marca impuesta por una posición cientificista puede estigmatizar y producir el aislamiento.

El psicoanálisis procede de otra manera. Para él, el síntoma pertenece a un sujeto particular en su relación con el Otro, incluso cuando este está ausente o quebrado.

ALINE Y LA CONTAMINACIÓN SIGNIFICANTE

Conocí a Aline, de dieciséis años, a raíz de sus persistentes fracasos escolares. Aline vive con la angustia de padecer enfermedades mortales: cada vez que ve en la televisión un programa sobre medicina, o cuando oye hablar de una enfermedad, especialmente del cáncer, Aline cree que ella también lo padece. *Atrapa* literalmente las enfermedades de *contaminación significativa*. Su caso es efectivamente un paradigma de la tesis lacaniana de la incidencia del significante en el inconsciente. Los nombres de las enfermedades graves, aquellas que llegan a provocar la muerte, se significan en su cuerpo. Entonces, los síntomas de la enfermedad desbordan. Se trata de una identificación que pasa por el significante, por un nombre, y que se inscribe en el cuerpo. La enfermedad y la muerte le son familiares hasta el punto de que hace de ello una creencia. A pesar de que ella sabe que todo esto sucede en su cabeza y que no está enferma, no puede evitar sentir esa angustia que la lleva a anticipar una muerte prematura. Los síntomas no duran y las enfermedades cambian, pero el cuerpo se mantiene como el lugar elegido en el que Aline exclama su nombre de goce. Para hacerse escuchar, Aline eligió *hacer presente su voz* en

el cuerpo y hacer uso de los nombres de enfermedades que marcan su relación particular con la existencia. Produce su síntoma para anunciar su muerte anticipada al Otro a quien ella interpela: «¿Me oirás, me escucharás más cuando sepas que voy a morir, que padezco una enfermedad mortal?».

El sentido no resuelve, sin embargo, la cuestión: aquellos que le interpretaron que, cayendo enferma, ella buscaba producir un efecto de inquietud en los demás, quisieron comprender sus síntomas demasiado pronto. Para ella, la verdad no parece ligada a este deseo inconsciente. El abuso de sentido es siempre culpa del analista. A veces el síntoma no parece responder a ningún tipo sentido, con lo que no es reabsorbible por el sentido. Reducir el síntoma al sentido, ya sea interpretándolo como un deseo inconsciente, equivale a reducirlo a lo que dicho síntoma expresa y a dejar en suspenso lo que no dice y no se explica. La interpretación debe también tocar este goce del síntoma que es lo más íntimo del sujeto. Pues el síntoma no es únicamente una cuestión de saber: algo se resiste al sentido, es lo que Lacan llamó «lo real». Lo real del síntoma es lo que no tiene sentido. Para Aline, lo real de su síntoma reside más en su miedo de ser engullida por sus fenómenos corporales que en la significación de lo que ella provocaría así en el Otro. Por otra parte, sus padres dejaron de interesarse por sus síntomas y los consideraron excesos de una imaginación mórbida. Quedó entonces sometida al valor de experiencia mortificante, que no tenía sentido, que la *deslocalizaba* como sujeto ya muerto. Le faltaba la palabra para el decir. Era esto realmente la parte imposible de su síntoma.

Ciertamente, en la consulta del psicoanalista se da esta idea loca de la enfermedad. El analista puede escuchar al paciente atendiendo a la absurdidad de un síntoma en el que nadie quiere ya creer. La misma Aline se da cuenta de que su sintomatología es completamente irracional, pero reconoce que es más fuerte que ella, y cree que no puede hacer nada para cambiar la situación. La angustia de padecer un cáncer o de terminar paralizada es más fuerte que la razón. La fascinación que ejerce sobre ella la idea de su propia muerte es una construcción para soportar su existencia de chica identificada con el malestar de su madre —una mujer enferma y sola, que sufre en silencio, aplastada por su marido—. El cuerpo es realmente el objeto del sufrimiento materno, pero está encerrado, mortificado, es indecible. Mediante su propio cuerpo, esta chica se convierte en el *megáfono* de su madre. Como un eco del cuerpo materno, ella hace resonar a través de su miedo lo real de la enfermedad.

Lacan mostró que «el síntoma del niño se encuentra en posición de responder a lo que

hay de sintomático en la estructura familiar»,³ es decir, que el síntoma del niño es una manifestación inconsciente de la estructura de la familia. Esta fórmula indica que aquello de lo que el niño sufre tiene su causa inconsciente en la relación entre sus padres. Ahí representa la verdad. «Es este el caso más complejo, pero también el más abierto a nuestra intervención», añade Lacan.

Cuando su síntoma responde al goce de la madre, el niño es «el objeto» de esta y no sirve más que para «revelar la verdad de este objeto». Según la formulación de Lacan, el niño, entonces, «realiza la presencia [del] objeto *a* en el fantasma» de la madre. En este caso, el síntoma corre el riesgo de ser el revelador de un funcionamiento materno que excluye la función paterna como mediación.

Estas dos modalidades son las piedras angulares que permiten situar el síntoma en su relación con los padres, y además permiten cernir la evolución del niño en su familia, principalmente cuando el síntoma no encarna la verdad de la pareja parental y sirve al fantasma materno, tal y como sucede en el caso de Jérémie. Lo que genera su síntoma es la relación con su madre. El padre está totalmente excluido; su existencia es adicional, no porque no exista o no cuente, sino porque no se ha incluido en el vínculo que se anudó entre la madre y el niño.

JÉRÉMIE Y SU CONSTANTE AGITACIÓN

Antes de encontrarme con su madre, había oído hablar de Jérémie durante meses. El interés de los padres por la psicoterapia era más bien escaso. Sin embargo, cuando recibo a la madre y al niño, me encuentro ante mí a una madre angustiada, que me confía los graves problemas de relación que tiene con su hijo. Le cuesta soportarlo desde que el niño empezó a caminar, cuando adquirió un aire de independencia. Mientras fue un bebé, él niño se colocaba como objeto de la madre; ella podía controlar su cuerpo y su mente. A la edad de tres años, en el colegio detectaron las dificultades de Jérémie, y entonces advirtieron a la madre. Ella rechaza la idea de que su hijo tenga un problema. Para ella, su hijo está muy bien. Es como ella era a su misma edad, de la misma manera que su hijo primogénito, que manifestó grandes dificultades para separarse de ella y que ahora está muy bien. Se siente acosada por la escuela y tildada de mala madre.

Las entrevistas desvelarán que la *mala madre* no es otra cosa que la fórmula

significante fijada por su propia madre para predecir lo que ella será como madre. «Mi madre quiso destruirme», me dirá. Ella vive bajo la influencia de los malos pensamientos de su propia madre. En este contexto, los problemas de su hijo son una respuesta al odio materno expresado por la abuela. El niño es aquí el objeto *a* que realiza, como decía Lacan, esta presencia en el fantasma materno, y que podría enunciarse así: «Tal como mi madre predijo, soy una mala madre, y mi hijo es la prueba de ello».

En este caso, el niño encarna un «rechazo primordial», el de su madre, que no puede acceder al orden simbólico que la sobrepasa. Ella lo encierra en su problemática particular, sin dejar el mínimo lugar a una posible mediación entre ella y él, pues la voz de la abuela se verifica en lo real, prueba absoluta del saber de la madre sobre el niño. De resultas de ello, su hijo es aquel que potencialmente la amenaza, pues es quien la hace *mala madre*, cumpliendo con las predicciones de la abuela. Por esta razón lo vive como peligroso, capaz de hacer surgir ese peligro que la atormenta.

En consecuencia, el niño tiene miedo también de su madre. Él es también presa de la angustia destructiva de ella. Su agitación constante muestra que no puede colocarse en el lugar de sujeto. Durante las sesiones, Jérémie entra y sale, enciende y apaga la luz de manera repetitiva, parece poco sensible a lo que se le dice. Da la impresión de estar invadido por una inquietud desbordante. Es prisionero del deseo de la madre, del «no» de ella a la maternidad, ya *negativizada* por su propia madre con respecto a ella. Este niño está atrapado sin mediación en las construcciones delirantes de su madre, que sin embargo lucha y busca la manera de deshacerse de lo malo que ya se ha dicho, que la invade y que predeterminó su función materna.

El alivio del niño será posible a partir del momento en que su madre encuentre una solución a lo insoportable que constituyen las palabras asoladoras de su propia madre. Se trata, en efecto, no de comprender el sentido de lo que la persigue, sino de ayudarla a operar un cambio en la percepción que tiene de su hijo, prueba para ella de lo todopoderoso de los pensamientos de su madre.

LA DEMANDA INCONSCIENTE

Si bien se considera que la existencia de un niño se inicia el día en que este sale del vientre materno, el psicoanálisis estipula que este niño tenía ya un lugar como objeto del deseo de los padres. Ya estaba allí, hablado por el Otro paterno. A partir de esta inscripción en el deseo, se enraíza el lugar que él tendrá en el Otro.

En el nacimiento, el bebé se manifiesta por medio de gritos, que tomarán para el Otro materno el sentido de una llamada. A lo largo de las semanas, la madre interpretará los llantos del niño para distinguir en ellos los diferentes registros de la necesidad y de la demanda. En efecto, cuando el niño se manifiesta por medio de sus llantos, puede que lo haga porque tiene hambre, sed, porque está mojado, o porque experimenta un displacer, pero también porque, simplemente, desea la presencia de su madre. Son las denominadas «necesidades» del niño pequeño, son la expresión de su total dependencia para su supervivencia, dependencia que hemos ya mencionado y que resulta ser la particularidad del ser humano.

La manera en la que el niño es acogido en su familia es un aspecto determinante. Cuando, por ejemplo, la madre no está en disposición de soportar esta dependencia del niño, se impacienta ante sus múltiples demandas, las recibe como trabas a su propia libertad; el niño puede convertirse en un objeto cargante. Puede ser entonces brutalmente desinvertido o desalojado de su lugar ideal. La dependencia del niño y su demanda están así intrínsecamente anudadas y constituyen la modalidad prínceps de la expresión de la vida.

Para el ser hablante, en el inicio de la vida se da una angustia ligada al hecho de que no se hallan las palabras que sirvan de ayuda para calmar las múltiples demandas que el cuerpo experimenta. El hablante primerizo se halla confrontado a un agujero, a un real que es pura angustia. Esta se manifiesta por medio de signos variados, regularmente acompañados de llantos, que pueden aparecer como sinrazón —sin relación con una necesidad que haya que satisfacer—, algo que inquieta a los padres, que no entienden el

sentido del llanto. Esta manifestación de la angustia en bruto la interpretan a menudo como dolores de barriga inexplicados (los famosos «cólicos» del lactante). El cuerpo es a menudo el lugar electivo de la manifestación de la angustia. Pueden aparecer efectos de alivio cuando se acuna al niño y/o él escucha la voz materna o paterna, que, por otra parte, reconoce desde muy pronto.

La demanda del niño es la expresión más inmediata de la relación que se instaura con sus padres. Tal demanda vehicula toda la dimensión lenguajera de la relación. Es vital, y cuando se la ignora, el niño se queda sin recursos en relación con lo que experimenta. Si surge de la necesidad experimentada en su cuerpo, la demanda que él dirige al Otro no llega a colmarse nunca del todo. Ahí se instaura la falta. El niño también demanda la presencia de la madre independientemente del hecho de que la necesite. La satisfacción de la necesidad nunca es suficiente para satisfacer la demanda. Así, la demanda se vuelve demanda de presencia y equivale como tal a una demanda de amor, más allá de toda necesidad.

LA DEMANDA BLOQUEADA DE SARAH

Sarah acaba de cumplir tres años cuando me hablan de ella. En la sala de espera, Sarah, me dicen, no se mueve, no habla, no juega. En aquel momento, la atienden ya en otro servicio en el que recibe sesiones de psicomotricidad. Se ha hablado de psicosis o de autismo infantil.

La primera vez que la recibo, quedo impresionada por dos cosas: Sarah no me mira, evita mi mirada, pero sabe que su padre habla de ella y que yo escucho lo que él me dice. Me parece una niña que está muy presente, que explora el lugar, antes de situarse en los brazos del padre. De entrada, el diagnóstico de autismo me parece mal fundado.

Sarah es el tercer hijo de sus padres. El primogénito murió cuando era muy pequeño, algo que generó en estos jóvenes padres una gran angustia. La segunda fue muy mimada. Hoy, es una niña inteligente, exigente, con una imaginación desbordante. Después llegó Sarah. Para ella, el entorno familiar fue menos inquietante. Sarah fue un bebé tranquilo, una niña que no planteaba ningún problema, que dormía, comía y vivía su vida. Creció y después se dieron cuenta de que no hablaba, de que se movía poco. «Lo que resultaba pesado —añade sin embargo el padre— es que se quejaba mucho». En esta primera

entrevista, el padre está todavía bajo el impacto de lo que sucedió la semana anterior: su hija se cayó de la cama y se fracturó el hueso temporal del cráneo. Todavía escucha, me dijo, el ruido de la caída, recordando su miedo cuando llegó a la habitación y vio a su pequeña en el suelo. Esto reactivó la angustia de muerte ligada a la pérdida de su primer hijo. Felizmente, después de tres días de hospitalización, durante los cuales las enfermeras quedaron impresionadas por el «coraje de Sarah», que no lloró, no se quejó, se recuperó bien de su caída.

Los padres abordarán cada uno a su manera su divorcio en curso. Una decisión que se tomó a partir de una terapia de pareja, después de la muerte de su primer hijo.

La madre volverá a vivir a su región natal. Es ella quien primero deja el hogar para ir a vivir fuera de París durante la mitad de la semana. Un nuevo ritmo se instaure así en la vida de Sarah. Su madre se marcha de París el domingo por la tarde y vuelve el martes también por la tarde. El miércoles por la mañana, es ella quien acompañará a Sarah a sus sesiones. Este será un punto de referencia para la madre, que se apoyará en esta cita para su hija como un tiempo de escansión en la semana. «Ir a ver a la señora Bonnaud» se convierte en el significante de la transferencia. La madre habla a su hija de esta cita particular, momento que cobra para ella una función de deseo. Como dice Lacan en el seminario «Las formaciones del inconsciente», «al nivel de la demanda, hay entre el sujeto y el Otro una situación de reciprocidad». Pero «lo que hay que introducir, y está presente desde el comienzo, latente desde el origen, es que más allá de lo que el sujeto demanda, más allá de lo que el Otro demanda al sujeto, se encuentra por fuerza la presencia y la dimensión de lo que el Otro desea».¹

El hecho de que la madre pudiera manifestar a su hija esta demanda de otra cosa — una demanda que no se trataba únicamente de que Sarah se alimentase bien, que fuera limpia, que durmiera bien y fuese cariñosa— nos indica que hay un más allá de esta demanda que llamamos deseo; el analista pudo desempeñar la función de reencuentro con el deseo del Otro por parte de Sarah.

Así, en algunos meses, Sarah sale de su mutismo e instaure una relación de palabra conmigo. Me sorprende el día que me dice: «Señora Bonnaud-lista». Ella nombra así a la persona que viene a ver cada miércoles. Desde el inicio de nuestros encuentros, para indicarle nuestra cita semanal, le doy una tarjeta de visita que ella guarda celosamente en su bolsillo. Se marcha con este «objeto-lista» en su bolsillo. Doy también una a su

madre, que guarda en su bolso. Sarah está muy contenta, pues su madre tiene también la tarjeta de la «Señora Bonnaudlista».

El tiempo de los reencuentros con su madre va al ritmo de nuestras citas. Así, la tarjeta de visita en la que Sarah le gusta leer mi nombre sirve en estos momentos para un pequeño juego: el cartón se convierte en un billete de tren para Marsella, la ciudad de su madre, en la que va a establecer su vida próximamente. Se instaura la cadena significativa. El cartón en el que se escribe el nombre del analista puede servir de billete de viaje para su madre. Y es muy divertido para Sarah descubrir todo lo que se puede hacer con eso... Ella se va, vuelve, yo soy vendedora de billetes y después, poco a poco, voy a ser la madre que compra uno para marcharse. Esta operación es esencial para el niño, pues da un sentido a la ausencia, permite situar la pérdida en un bucle que lleva el objeto dentro de un trayecto de ida y vuelta.

Después de diez meses de psicoanálisis, y a pesar de la inquietud que manifiesta todavía de vez en cuando, Sarah está transformada. Habla muy bien y aprende con una facilidad sorprendente. Es muy viva y está animada por una determinación que sorprende a todo el mundo, si bien tiene todavía momentos de repliegue en los que, con la mirada baja, parece una niña triste.

Cuando se marcha a vivir fuera de la capital, Sarah ha entendido que marcharse es tomar el tren, y que siempre se hace una ida y una vuelta. Sabe que su madre vuelve, que su padre se va y vuelve, que viajar es como el análisis: se escribe su nombre en un billete y esto quiere decir «hasta mañana».

La sucesión de sesiones con Sarah muestra que trabajamos la cuestión de la demanda de una presencia y la de una ausencia: la instauración de citas con la alternancia de las idas y venidas de la madre permitió significantizar a lo que para ella estaba en una situación de espera. En efecto, la llegada al mundo de Sarah parece haber reactualizado para la madre la pérdida de su primer bebé, de sexo masculino. Dar de nuevo un hijo a su marido atenuaría el duelo ligado a la pérdida de su primer bebé. Inconscientemente, la madre se sentía culpable de no haber podido reemplazar el niño perdido. La demanda de Sarah, que estaba sin respuesta, la convirtió en una niña que no se manifestaba. Esta ausencia de demanda del niño no era más que la respuesta a la tristeza materna, inscribiéndose como un fracaso del amor. Para la madre era imposible investir a su niña; del mismo modo, su deseo a media asta la dejaba sin dolor.

Además, la separación de su marido velaba su destino de mujer. Se sentía abandonada

como objeto de deseo y no veía más que su vida invadida por la pérdida y el abandono. De este modo se reactivaba la castración, que es la privación de amor para una mujer. Sarah se pegaba, por así decirlo, a esta pérdida; su dependencia vital al deseo del Otro estaba considerablemente sobredimensionada.

El *fort-da* freudiano es la demostración de una demanda de presencia sobre el fondo de ausencia. Freud aisló el fenómeno mostrando que el niño pequeño se servía de un juego con una bobina² para soportar la ausencia de la madre. El niño repite la experiencia que consiste en lanzar la bobina y hacer volver pronunciando las sílabas *fort* y después *da*, que son un *aquí* y después *allí*. Hay una repetición del acto porque el sujeto obtiene de ahí una satisfacción. Por otra parte, todo el mundo sabe que los más pequeños obtienen un malicioso placer haciendo caer los objetos para que alguien se los recoja, o jugando una y otra vez a lo mismo. La repetición genera el placer de obtener repetidamente, que es propio de nuestra inscripción en el lenguaje y de la satisfacción pulsional que gobierna. Este juego del *fort-da* muestra que el niño usa significantes como «se ha ido, adiós» mucho antes que otros. Esto prueba la importancia de la cuestión de la presencia y de la ausencia en la estructuración del sujeto, y también muestra cómo el sujeto utiliza el objeto que escoge para simbolizar la pareja modulada de la presencia y de la ausencia. Lacan y Freud mostraron que la satisfacción que el niño pequeño extrae de la repetición de su juego introduce la relación del sujeto con el goce.

Lacan distinguirá dos tipos de demanda: la demanda de un objeto —el sujeto experimenta necesidades y demanda el objeto de la necesidad— y la demanda de amor, que no es demanda de un objeto, sino demanda de nada, demanda de signos dirigidos por el Otro. Se puede entonces distinguir la demanda de un objeto que va a satisfacer una necesidad, de otra forma de demanda que es la del amor. ¿Por qué Lacan habla del objeto como *nada*? La nada es en su totalidad un objeto para él. Sirve para nombrar lo que no puede darse, lo que no puede colmar, lo que puede responder por medio de un objeto-tapón a la demanda del niño. Así, es fundamental para la construcción del niño que haya un lugar para la nada en la respuesta a sus demandas. Si la madre responde a cada llamada dándole de comer o de beber, lo hará por medio de una respuesta que excluye la falta y que puede tener como consecuencia volver al niño incapaz de soportar la frustración.

Entre estas dos demandas, la demanda que tiene por objeto algo y la demanda del amor, Lacan inscribirá el deseo: «El deseo se esboza en el margen donde la demanda se

desgarra de la necesidad: margen que es el que la demanda, cuya llamada no puede ser incondicional sino dirigida al Otro, abre bajo la forma de la falla posible que puede aportarle la necesidad, por no tener satisfacción universal (lo que suele llamarse: angustia)».³

JULIE DESAPARECE CON SU ANOREXIA

Julie tiene trece años. No quiere comer desde hace varios meses. Su madre está desquiciada y no puede soportarlo. El padre está muy inquieto. La historia familiar está marcada por un duelo reciente: el hermano mayor de Julie murió brutalmente. Desde que la muerte entró en esta casa, Julie, con su rechazo a la comida, indica que ella se pregunta quién está vivo y quién muerto en la familia. Hace de su cuerpo el objeto en el que se escribe la pregunta dirigida al Otro parental: «¿Quieres mi muerte?» —en lugar de la del hermano, se entiende—, «¿Quieres perderme?». Julie se transforma día tras día, como si fuese para volverse niña, en aquella que era justo antes de la irrupción de la muerte en la familia. Manipula así la vida a través de su cuerpo. ¿Qué quiere expresar poniendo de este modo su vida en juego? La respuesta podría ser que sus padres salgan de su duelo imposible. Que ellos vean que ella existe. Que se ocupen de su cuerpo vivo antes de que sea demasiado tarde. Ahora bien, los padres no quieren ver la delgadez de su hija. Quieren que coma y cuando lo hace, esto les tranquiliza. Sin embargo, Julie continúa adelgazando. Vomita o tira a la basura todos los platos preparados por su madre. Sus padres no quieren verla desaparecer. Es ella quien se pone en situación de desaparecer, rechazando, por ejemplo, comer en la misma mesa que ellos. Después exige comer ella sola en su habitación, para ser dueña de su conducta alimenticia. Que la miren se ha convertido para ella en algo insoportable, ya que su madre no cesa de mirarla mientras come.

Así, Julie intenta poner distancia entre ella y su madre, creando una separación. Quiere introducir la falta entre su madre y ella. Dice «No» al imperativo materno «¡Come!» como modalidad de respuesta a su demanda de amor. Crea así un «hueco» entre la demanda de alimento y la demanda de amor. Exige otro alimento, una comida aparte, indica bien la necesidad para ella de desalojar el objeto «alimento materno», y de constituir el lugar de otro objeto que ella pueda desear, fuera del campo de la madre. La

alimentación que ella se da es así la que respondería a un deseo imposible, el de comer para vivir, y no para amar y ser amado.

Este ejemplo de anorexia mental articula de la manera más clara el hiato entre el deseo y la demanda. ¿Por qué este rechazo a comer que puede llegar hasta la muerte, si no es para marcar la diferencia absoluta entre la necesidad, la demanda y el deseo? La anorexia niega la necesidad y «juega con su rechazo como un deseo»,⁴ remitiéndole al Otro materno que ha confundido «sus cuidados con el don de su amor», con lo que la atiborró. Demasiado alimento, entonces demasiado amado, el niño rechaza satisfacer la demanda de la madre y espera que ella le dé esta *nada*, que finalmente le abrirá la vía «que le falta hacia el deseo».

La anorexia es la forma más acabada de la realización de esta nada del deseo. Sin embargo, en la clínica con adolescentes nos encontramos diferentes variaciones de esta nada. Puede darse en el «No tengo ganas de nada», o en el clásico «No valgo nada». Esta forma de rechazo se parece a una ruptura con el deseo, es decir, con la falta. Dicho de otro modo, la falta está ausente. El «No tengo ganas de nada» del adolescente equivale a un «No necesito nada» dirigido al Otro, forma de negativización de la demanda del Otro.

En estos momentos, la apetencia por los juegos y por internet ha tomado el relevo de una toxicomanía oral, y ha convertido el «No tengo ganas de nada» en «Juego y estoy conectado toda la noche»; se busca, por una parte, anular cualquier tipo de forma de falta y, por otra, evitar cualquier forma de encuentro con la demanda del Otro.

Hay un goce autístico en el hecho de conectar la vida de uno a una pantalla en la que se juega un encuentro imposible con los pequeños otros. Uno se evita de este modo contrariedades y permanece imaginariamente amo de su destino, como si se encontrase una mecánica de regocijo que se consume y que vacía de su sustancia al sujeto del deseo.

Es la satisfacción inmediata la que prevalece y deja fuera de juego cualquier otra forma de goce; incluso la sexualidad puede ser ahí descartada. Así, el adolescente cortocircuita las elecciones que le corresponden, los encuentros con el Otro sexo, se topa contra la nada del deseo y cree que él es amo de su goce.

El sujeto de la demanda está entonces radicalmente escamoteado en provecho del sujeto consumidor de goce virtual. La necesaria reconexión con el Otro del deseo pasa por la palabra. Esta resulta a menudo muy difícil y exige del analista pertinencia e

invención, pues para el consumidor de pantallas, las palabras parecen pobres. Es necesario introducir ahí otra cosa, una presencia encarnada y deseante, desconocida para el sujeto, y que podrá hacerle de nuevo deseante. Se necesita introducir ahí algo que asombre, que sorprenda a aquel que se ha desinscrito de la creencia en el Otro de la palabra, para hacerse *partenaire* de un goce a menudo ilimitado. Es por ello que la presencia del analista, presencia de carne y hueso, es indispensable para llevar al sujeto a confrontarse a otro que pueda hacerse *partenaire* de su deseo, por más tenue que este sea.

La ventaja del niño es que no está construido del todo, aunque lo esencial para él suceda en los primeros años de vida. Sus defensas no están todavía totalmente edificadas y, por ello, acceder a la causa de los síntomas es más sencillo. El analista considera que el niño es un sujeto que desea, y de este modo el niño siente que él no es cualquiera. Decirlo así puede parecer simplista, pero uno de los efectos más manifiestos, más tangibles, de los encuentros con el psicoanalista es el de ser escuchado en su más íntima realidad. La palabra del analizante, niño o no, es asumida como verdadera y auténtica. El hecho más insignificante, aquel al cual el niño no había dado ningún valor, puede revelarse de golpe crucial. Lo que muestra la clínica es que el analista se toma en serio lo que a menudo la familia no escucha. De hecho, para los padres es insoportable concebir el malestar en su hijo. Se da una especie de rechazo a creer que, a pesar de que los padres lo amen, el niño puede sufrir. Y sabemos que eso sucede.

MADRES SOBREPTECTORAS

El niño es antes que nada un ser de palabra. Aunque el niño no lo sepa, el gusto por vivir, por amar, por aprender, por crecer, por convertirse en quien será, proviene del deseo del Otro.

Cuando empieza a hablar, nos sorprendemos de la facilidad con la que repite nuestras palabras familiares, las comprende, le gusta repetirlas una y otra vez. Este aprendizaje no tiene nada que ver con saber usar un tipo de mecánica. El lenguaje del niño, la manera en que se expresa, es el resultado de su inscripción como sujeto atravesado por los significantes que le representan. Que aprenda a nombrar las cosas, a pedir, a entrar en la comunicación con su madre, su padre, así como con las otras personas de la familia y de su entorno, muestra cómo, desde su más tierna infancia, las palabras han tenido un efecto primordial en su devenir. Él se las apropia y se sirve de ellas a condición de existir para el Otro y en el Otro.

El deseo del Otro es de entrada el deseo de la madre. Todos los psicoanalistas están de acuerdo en considerar que la relación madre-niño es determinante en la construcción de un sujeto. La madre es, en efecto, el primer objeto de amor del niño; es su «objeto primordial»,¹ su «Otro absoluto»,² dice Lacan.

Por otra parte, una mujer encuentra en la maternidad una satisfacción que se origina en su complejo de castración. En efecto, según Freud, la necesidad de tener un hijo de la niña pequeña proviene de la privación del falo; se produce una sustitución por la que el niño permite suplir la ausencia de falo. El deseo de niño no es claramente la única consecuencia posible de la envidia del pene, el *Penisneid* freudiano. Sin embargo, la maternidad constituye una de las vías clásicas de salida del Edipo femenino. Una parte de la castración femenina, de este *Penisneid*, se resuelve de este modo. El niño reemplaza, de algún modo, el falo que le falta a la madre.

De ello resulta que existe una relación entre el niño y este falo ausente. Sin que la maternidad y la relación madre-niño se encuentren separadas de la feminidad, lo que

importa saber es cómo el niño vino o no a responder al deseo femenino, y qué solución constituye él para su madre en tanto que mujer. ¿Será él o no lo que viene a colmar la ausencia de falo? ¿Estará él o no en posición de objeto *a* en el fantasma de la madre? ¿Ocupará él todo el lugar, hasta el punto de que la madre no volverá a buscar hacerse deseable para un hombre? Estas cuestiones se plantean cada vez que el niño constituye para su madre un síntoma del que ella se queja, como si para ella se tratase de algo insoportable. Desde el momento en que el niño cambia y adquiere autonomía, o intenta hacerlo, el niño es susceptible de molestar la posición materna. Ahora bien, algunas madres tienen la necesidad de mantener a su hijo en una posición de dependencia, porque alojan el sentimiento de ser indispensable para la existencia de su pequeño. Cuando crece, se sienten desposeídas de su amor. Sin ni siquiera darse cuenta, buscan entonces soluciones para mantenerlo en esta dependencia.

A menudo, la cuestión sexual está en primer plano. La sexualidad infantil se infiltra en la relación que el niño mantiene con los cuidados maternos; la sexualidad interviene en la satisfacción que los cuidados maternos procuran y en las expectativas que estos hacen surgir. Cuanto más invasiva sea la madre, por ejemplo en el momento del aprendizaje de la higiene, más tenderán sus cuidados a fijarse como puntos de goce infranqueables.

Así, el encuentro con los niños muestra que la sexualidad obedece a circuitos complejos y se inserta en el lenguaje. Si Freud produjo un escándalo indicando que el niño era una *perverso polimorfo* fue porque descubrió la importancia de la sexualidad en el desarrollo del niño. El primer goce del niño es el que obtiene cuando mama del pecho materno; después esta sexualidad se desplaza y encuentra objetos diferentes a medida que crece y que se abre a experiencias nuevas. Freud llamó «libido» a este goce tan presente desde el inicio de la vida. Esta perspectiva permite liberar la sexualidad de su acepción médica o moral y acercarla a su funcionamiento en el psiquismo. Lejos de reducir la cuestión de la sexualidad a la relación sexual y a sus fracasos, Freud muestra cómo la sexualidad palpita en el corazón de la vida psíquica.

La libido se fija en los bordes de los orificios que son, según Freud, zonas erógenas. Estos orificios corporales sirven para focalizar y contener la carga pulsional. A partir de ahí, Lacan definió la pulsión como una mezcla de significante y de goce. Es, según sus palabras, «un montaje [...] que se presenta como si no tuviera ni pies ni cabeza».³ El único objetivo de la pulsión es la obtención de satisfacción.⁴ La educación consiste

justamente en ayudar al niño a no enfrentarse directamente con sus pulsiones y a orientarlas hacia objetos más sublimes o con objetivos más adecuados a sus intereses.

El concepto de pulsión permite entender que la sexualidad es un acontecimiento que se inscribe en lo más íntimo de la vida del sujeto. La sexualidad también puede manifestarse por un encuentro traumático, ya sea el encuentro de un goce que afecta, que desorganiza y que se fija en el psiquismo. El traumatismo es la escritura de un goce no reabsorbible, de un punto intratable para el sujeto.

MILÈNE Y SU MADRE POSESIVA

La madre de Milène acude a la consulta de manera urgente. Hace casi un mes que su hija de cuatro años pasa parte de las noches sentada en el orinal del lavabo. La niña no quiere explicar por qué pasa allí, según su madre, mucho más tiempo del que necesita para lo que allí tiene que hacer. Milène llega a poner de los nervios a su madre, pues se ha convertido de golpe en Otro para ella.

A lo largo de la entrevista con la madre y la niña, aparece que ellas dos viven en una gran proximidad la una con la otra. Lo comparten todo. No hay intimidad posible ni para una ni para la otra. La madre tiene por otra parte el sentimiento de saberlo todo sobre su hija. Es por ello que la irrupción de este síntoma provoca en ella la angustia y la cólera — ligada a la impotencia en la que la sumerge la niña.

Para esta madre, Milène es un «milagro», la hija que ella no había imaginado poder tener, la hija que la salva de sus graves dificultades para vivir, que la saca del dominio de una pulsión de destrucción. Abandonada por el padre de su hija, vive en un universo en el que todo está centrado en ella.

En este contexto, la irrupción del rechazo de dar sus cacas cuando su madre se las pide es el primer signo de oposición de Milène. Esto se acompaña de angustia, que se manifiesta en el miedo a perder el contenido de su intestino. Las sesiones mostrarán rápidamente que, para Milène, la demanda de su madre es claramente una exigencia y lo que está en juego en su higiene es una relación de fuerza entre ellas. Milène opone un «No» a la demanda materna, demanda de Otro que ella experimenta como absoluto. El síntoma, en este sentido, es un mecanismo de defensa del sujeto frente a la exigencia materna. Indica que, para poder separarse de la madre, hay que pasar por una oposición,

por el hecho de decir «No» a su voluntad. Cuando la demanda de la madre aplasta el deseo, se corre el riesgo de ver aparecer en el niño síntomas de rechazo. En cierta manera, Milène decide no estar más bajo la mirada de su madre, y sobre todo bajo sus mandatos, para satisfacer sus necesidades. Así, se levanta por la noche para escapar a la mirada de su madre, para sustraerse a su influencia.

Cuando Freud descubrió la importancia de la sexualidad infantil en la formación de los síntomas, lo primero que intentó fue situar cronológicamente el incidente sexual que tuvo consecuencias traumáticas para el sujeto. Este modo de aprehensión del síntoma pudo tener su pertinencia, pero favoreció un recorte normativo en forma de «estados del desarrollo» del niño cuando en realidad hay, en cada etapa de la vida, una imbricación de diferentes pulsiones. Lo que está en juego en el síntoma es la cristalización de un modo pulsional electivo, sin, por el contrario, excluir los otros. Es esto lo que Freud llamó *fijación*, a saber, que «el representante psíquico [...] de la pulsión rechaza su presencia en el consciente».⁵ Esto da cuenta del impacto de un funcionamiento particular en cada sujeto, de la prevalencia de una pulsión dada, que gobierna y se inscribe especialmente en la formación de un síntoma.

Freud mostró que el autoerotismo tiene un valor crucial; el niño invierte su propio cuerpo —y sobre todo las zonas erógenas— como objeto/s de goce:⁶ «Una boca que se besaría a sí misma» sería «el modelo ideal [...] del autoerotismo»,⁷ escribirá Lacan como continuación de Freud. Pero Lacan irá más lejos en esta lógica cuando interpretará «Esta boca que se besaría a ella misma [como] una boca cosida en la que, durante el análisis vemos señalar al máximo, mediante algunos silencios, la instancia pura de la pulsión oral, que se cierra sobre su satisfacción». En el análisis, el silencio se refiere a la pulsión oral que rige su propia satisfacción. Pero a partir de este autoerotismo freudiano, percibimos que hay en potencia una dirección hacia el Otro, aunque esta sea silenciosa. Sensible en la percepción de la sexualidad infantil desde los primeros meses, el autoerotismo se convierte rápidamente en un heteroerotismo en el que la conexión con el Otro funda la relación con los demás y con el mundo. La sexualidad pasa por las redes de la construcción subjetiva, por los significantes, y el deseo se formaliza.

Lacan denunció la pseudomaduración natural de los estados, que concibe el desarrollo del niño como una secuencia cronológica independiente de la relación con el Otro. Lacan consideró que, al contrario, el cambio y la renuncia parcial a la satisfacción se producen en el niño precisamente en la relación con el Otro. En la oralidad, por ejemplo, el destete

constituye la primera forma de separación que el niño debe experimentar, aceptando la privación del seno y después del biberón. Hay entonces claramente un paso en el que la madre ya no da más. Esto puede provocar síntomas de anorexia o de repliegue depresivo en el niño. En este sentido, el destete es la primera operación de pérdida. Lacan dice, en efecto, que la angustia de castración «es como un hijo que perfora todas las etapas del desarrollo. Orienta las relaciones que son anteriores a su aparición propiamente dicha — destete, disciplina anal, etc.—. Cristaliza cada uno de estos momentos en una dialéctica que tiene como centro un mal encuentro».⁸ Debido a esto, no existe continuidad entre la pulsión oral y la pulsión anal. No hay un estadio que iría en el sentido de una progresión hasta esperar un estadio genital definitivo.

Para Lacan, el paso de la pulsión oral a la pulsión anal no se realiza por medio de la intervención de algo que es del campo de la pulsión, sino que se lleva a cabo por la inversión de la demanda entre el sujeto y el Otro. En efecto, el niño aprende a controlar sus esfínteres porque la madre le pide que le dé sus cacas. Al inicio de la relación madre-niño, este pide y la madre da; en un segundo tiempo, la madre demanda y el niño debe aceptar dar. Para él, esto constituye el primer don de una parte de sí mismo. Sin este intercambio de palabras habrá un fracaso, es decir, se producirá una fijación o una regresión con todas las variaciones sintomáticas ligadas a esta doble polaridad: guardar o dar, amontonar o dar, retener o expulsar, etc.

El caso de Milène demuestra que cuando la demanda del Otro equivale a un mandato, a una orden sin llamado, el niño no responde ya a la demanda e intenta entonces indicar, a su manera, que él no es el objeto del Otro. Lo que se denomina regresión no es habitualmente más que un rechazo, no de progresar y de sumir su cuerpo, sino un rechazo de someterse a las demandas y deseos del Otro. El niño ensaya así su poder sobre su madre y puede identificarse con este Otro en su omnipotencia. Hay entonces una inversión del circuito entre el niño y la madre, que experimenta, a su vez, los avatares de la buena voluntad de su hijo. Esto necesita un tratamiento para el niño y la madre, ambos metidos en este bucle infernal que constituye uno de los principios fundamentales de la relación entre dos personas. A esto, Hegel lo llamó «dialéctica del amo y del esclavo», y es lo que hoy se ha pasado a denominar «relación del verdugo y su víctima». Esta formulación, tan utilizada en nuestros días, no hace más que figurar la relación primordial con los padres, cuyo impacto se mantiene a menudo en la vida de un sujeto. «No te hagas la víctima», tal y como se escucha decir constantemente, no es más

que una manera de interpretar el vínculo del sujeto con el Otro, y esta interpretación es siempre insoportable de escuchar porque es caricaturesca y excluyente.

ALAIN Y LA TRANSMISIÓN DE LA DISLEXIA

Recibo a Alain acompañado de su madre. Ella me explica el problema de su hijo. Alain es disléxico, y esto le plantea muchos problemas en la escuela. Ha recibido diferentes tratamientos para intentar paliarlos. La maestra advirtió a los padres de su tristeza, relacionada, según ella, a su sentimiento de fracaso. Es por ello que esta maestra les recomendó consultar a un psicólogo.

La madre explica que ella sufrió del mismo síntoma y que desde el principio de su embarazo se sentía muy angustiada por la idea de transmitir su dislexia a su hijo. Después de haber descubierto de adulta el método que le permitió vencer este síntoma, había intentado curar, o mejor dicho prevenir, *in utero*, de la dislexia a su hijo por medio de sesiones con un médico que la salvó, dice ella. Como puede verse, la madre cura el mal de su hijo antes de que este nazca. Considera, en efecto, que la dislexia provoca sufrimiento y que es un hándicap en la vida de un sujeto. No quiere que su hijo padezca los mismos sufrimientos que ella.

Alain ha sido entonces *contaminado* por la enfermedad materna. Se ve bien aquí cómo el deseo inconsciente de la madre puede perpetuar la necesidad del síntoma. El síntoma del niño prolonga así el de la madre. Están los dos anudados por un vínculo particular, por una falta nombrable: la dislexia, significante amo en el discurso de la madre. En efecto, «dislexia» es para esta madre un significante amo, pues indica el valor de control que tiene para ella; la dislexia es la marca de su ser, y ella se la ha transmitido a su hijo.

Ahora bien, Alain no sufre por su dislexia. Esta no tiene sentido para él. Él está afectado de un mal del que no se siente para nada responsable. Padece este síntoma que sus padres combaten por medio de todo tipo de métodos. Él es el objeto de esta enfermedad que provoca las dificultades que, por otra parte, reconoce sin reservas. Durante la sesión, si no se acuerda de lo que habíamos hablado o de lo que le dije en la sesión anterior, hace responsable de estos olvidos a la dislexia. Cree en su síntoma y al mismo tiempo se arregla muy bien con él. Cree que lo que él dice se borra de su

memoria a causa de su dislexia. Es decir, que entre él y su síntoma no hay el más mínimo intervalo, la más mínima pregunta posible. El síntoma se ha convertido en su ser, lo ha absorbido. Ha hecho de él un verdadero yo. Es su carné de identidad, su inscripción como sujeto. Él sostiene esto del mismo modo que esto le sostiene a él. Su discurso sobre la vida se ve afectado por ello, pero, como él dice, ha optado por reírse de ello. Vive con eso.

Por esta razón, en su análisis, no se trata tanto de descubrir el sentido escondido de su dislexia —esto no le interesa— como de liberarle del uso inconsciente que él hace de dicho sentido. De este modo, el trabajo analítico ha hecho posible que este sujeto libere sus fantasmas sobre su funcionamiento, sobre la representación que él se hace de su cuerpo: Alain se imagina una multitud de pequeños soldados que viven en su vientre, que clasifican el pipí y la caca, dirigidos por un general de quien él es el jefe. En lo que concierne a la parte superior de su cuerpo, imagina su cerebro funcionando con numerosas puertas minúsculas que se abren y se cierran a su agrado, y que tira en una papelera las informaciones no deseables: «Salen por las orejas y caen al suelo». Él es también el amo de todo esto. Se reconoce en este fantasma una construcción que pone en juego Otro todopoderoso, y su control del cuerpo como si fuese un general de la armada con sus soldados. Esto indica cómo el fantasma del sujeto se construye en el vínculo con el Otro y pone en juego el cuerpo como objeto de goce del Otro.

La dislexia protege a Alain de esta omnipresencia del Otro en su cuerpo, pues su cuerpo escapa justamente a este control experimentado como una fuerza directriz. Para él, la dislexia consiste en dejar caer las palabras, dejarlas escapar de su cerebro, para tirarlas a la papelera. Finalmente, esta es una operación de clasificación. Ahora bien, él no crea el vínculo entre las palabras que se escapan y su significación. La analista se lo indicará, pues es alguien que no fija nada de su decir. Hace de las palabras el mismo uso que de su síntoma: no las escucha y no las relaciona unas con otras. El vínculo sintomático con su madre se lo impide. Las palabras son objetos idénticos a la caca, que hace falta separar de la orina para evacuarlas por el orificio correcto. Salen y caen por el suelo, se descuelgan, en desorden, y son escritas de cualquier manera.

En este caso, el deseo de la madre aparece sin mediación, sin rodeos. Ella considera que ha transmitido su propio síntoma a su hijo y que le corresponde entonces a él repararlo. Alain es su objeto, e incluso su objeto «enfermo» que conviene curar cueste lo que cueste. Quiere a la vez reparar a su hijo y restaurar la niña que ella fue y que no fue

ni comprendida ni curada. Puede también rectificar, a través de los cuidados que prodiga a su hijo, el reproche que ella dirige a sus propios padres, que no la aliviaron de su sufrimiento. La cura del niño revelará de qué modo la madre está implicada en esta problemática, y también cómo lo está su obsesión con la suciedad y la angustia que le provoca la posibilidad de contaminarse.

Así, en una sesión, el niño me habla de una historia que leyó la noche anterior y le propongo que, en la próxima sesión, traiga su libro. Me responde que no será posible porque su madre le prohíbe que los libros que lee por la noche en su cama salgan de ahí, pues circulan microbios y pueden asaltarle. Enumera después todos los ritos que cumple la madre para impedir que sus hijos se contaminen con los microbios y con otros virus que circulan. Utiliza el termómetro para verificar el estado de salud de sus hijos, buscando sin cesar si son objeto de enfermedades transmisibles.

Desde que pudo hablarme de esto, Alain comprendió que algo correspondía a la subjetividad de su madre. Le dije en esa ocasión que ninguna mamá debería servirse del termómetro de manera cotidiana.

La función del diagnóstico es conseguir una cura para el niño. El valor del síntoma depende en efecto de la estructura del sujeto. En este caso, el deseo de la madre conlleva un saber sobre la transmisión de una patología que lleva un nombre. Hay un real transmitido que funda una certeza de filiación del mal. La dislexia no constituye un síntoma simbolizado como tal por la madre, sino un real que se atrapa y se repite por cada niño. Los niños, para ser de ella, son necesariamente como ella, *di(cho)sléxicos*.⁹ La vía del padre está forcluida, su posición barrada, excluida. Esta vía no implica ningún vínculo entre el niño, la madre y el padre. Alain adora sin embargo a su padre, pero del mismo modo que uno quiere a un hermano mayor. Su padre no es amado como un padre que hizo de su mujer la causa de su deseo, su objeto *a*,¹⁰ según la expresión de Lacan. No le corresponde una función en la metáfora paterna, es decir, que funciona sin vínculo de deseo con la mujer que es esta madre. Ella no está dividida entre madre y mujer: la madre predomina.

Lacan adelantó que, para el niño, el deseo de la madre tiene un lado caprichoso, un lado imprevisible y a menudo irracional. Desde el punto de vista del niño, el deseo de la madre puede ser *imaginarizado* como un «gran cocodrilo dentro de cuya boca se encuentra usted [...] Es esto el deseo de la madre».¹¹ Y en efecto, frente a esta madre vivida como «devoradora», el niño sufre el riesgo de permanecer en este lugar de niño-

falo. Es así como se construye la patología del niño dependiente de su madre, que permanece como su objeto reemplazando así el falo que ella no tiene. Ser el niño-falo es experimentar el deseo de la madre con el riesgo de convertirse en su objeto inseparable, su fetiche, víctima de su voluntad de poder o, en los casos más graves, desecho de su propio cuerpo. Se establece un tipo de equivalencia entre el amor incondicional de esta madre y el hecho de gozar de un poder sobre su hijo. ¿Cuántas madres, en nombre de esta relación íntima, pretenden saber lo que les hace falta a su hijo y sentir lo que les conviene? Que eso sea verdad o no, no es lo importante. Lo que puede ser destructivo es la certeza de ser, en tanto que madre, la que sabe *todo* lo que el niño necesita para estar satisfecho. Esto ha dado pie a caricaturas de madres todopoderosas que no dejan ningún lugar al padre en el interior del circuito madre-niño. Ellas lo son todo a la vez: padre, madre y mundo.

Para el pequeño hombrecito, esta situación está ligada a la dependencia total del alimento. El niño deberá transformar este *ser el falo* en un *tener el falo* o no por el hecho de estar siempre convocado a encarnarlo. Para esto, conviene que la madre esté dividida entre *ser madre* y *ser mujer*. Es esencial que el niño no lo sea todo para la madre y que ella desee otras cosas.

Cuando una mujer, en el momento de ser madre, no encuentra interés en dirigirse a un hombre, corre el riesgo de que el niño sature su deseo y se convierta en el objeto que la satisfaga. En efecto, es crucial considerar al niño en tanto que objeto que «no colma únicamente sino que divide. [...] Si el objeto-niño no divide, o cae él como desecho de la pareja de progenitores, o entra con la madre en una relación dual que lo soborna [...] en el fantasma materno»,¹² indica Jacques-Alain Miller. Esta función de separación entre la madre y su hijo puede operarse por mediación de un tercero que la madre desee, sea o no el padre del niño. Esta función de corte puede ser ocupada por el trabajo de la madre, o por una pasión que ocupe un lugar de deseo para ella, y por supuesto, cuando ella está sola, por el deseo de encontrar otro *partenaire*.

Para que el niño no se encuentre trabado por el deseo de la madre es necesario que no se quede fijado en la identificación fálica, es decir, que haya podido salir de su posición de ser el falo de la madre. Esta operación no se produce nunca de manera totalmente irreversible. Se necesita a veces un largo análisis para acceder a este punto de separación con respecto a la madre. Y solo en la relación con el Otro sexo (incluso cuando se trata

de una relación homosexual) un sujeto podrá probar qué es lo que incita su elección amorosa y su relación con la castración del *partenaire*.

AUSENCIA O PRESENCIA DEL PADRE

¿Qué es un padre? ¿Cuál es su función con el niño que es su hijo? ¿Para qué sirve? En la época en la que la ciencia puede producir niños que crecerán sin presencia paterna, es importante preguntarse lo que aporta la función del padre, tan fundamental para los psicoanalistas.

Freud se preguntó ampliamente sobre el lugar del padre en la cultura y en la clínica, y Lacan inventó el concepto de Nombre del Padre, significante que simboliza esta función paterna, que no está encarnada necesariamente por una persona real. La cuestión de su presencia o ausencia en la realidad no es determinante para la evolución de un niño, desde el momento en que este puede tener respuestas sobre quién es su padre, de dónde viene, qué es lo que hace; dicho de otro modo, que se hable de él en tanto que deseante.

En efecto, Lacan insiste en que la madre debe *hacer caso*¹ de la palabra del padre, que no debe ni devaluarla ni alabarla. Hacer caso de la palabra del padre significa que esta palabra tiene un peso. No se trata de sostener su lugar de madre amenazando con la voz del amo de la casa cuando ella no llega ya a controlar a su hijo: «¡Se lo diré a tu padre!»; «Tu padre no quiere». Se trata más bien de tomar la palabra paterna como lo que nombra su lugar y su deseo en relación con su hijo, como lo que «humaniza el deseo».² Su palabra sirve de mediación frente a la presión de las exigencias del discurso universal. Él particulariza este discurso de Otro anónimo, y transmite a su hijo el modo de separarse de este universal alienante. Se comprueba entonces que el padre no tiene por función transmitir la ley universal como un dictado, sino el hacerla accesible para él y su familia. Así, no se trata en absoluto de prohibirlo todo como si se considerase al padre aquel que tiene que encarnar la ley de los hombres, sino de prohibir aquello que se sabe con certeza que humanamente se puede cumplir.

Lacan construyó la metáfora paterna³ para explicar cómo se produce la operación de significación del falo que introduce el niño a la ley edípica, al Otro de la ley. En esta operación de sustitución el Nombre del Padre viene en lugar del primer término, esto es,

el Deseo de la Madre. De esta sustitución significativa se deriva la significación del falo. Esto introduce al sujeto en el sentido, en la ley y en el deseo.

Nombre del Padre

Deseo de la Madre

Para entender de qué se trata, retomemos el caso de Milène, que está confrontada a un real carente del padre. ¿Cómo se introducirá la niña en la significación fálica? La madre de Milène, habíamos dicho, no vive más que para su hija. ¿Qué lugar deja ella para el padre de esta niña? ¿Qué le explica a su hija sobre su padre? ¿Le habla de él? ¿Qué es él para su madre?

A veces, a las madres les cuesta explicar a sus hijos la ausencia del padre. Se sienten culpables. Piensan que ya llegará un momento, «más tarde», «cuando será mayor», en el que el niño podrá comprender lo que pasó en sus vidas. Lo evitan y se inventan un futuro en el que las cosas se van a hablar, como si fuera a llegar el día en que el niño pedirá explicaciones y querrá saber.

Las entrevistas del analista con su madre confirmaron a Milène que ella tenía un padre. Creció con la idea de que su padre vivía lejos. Por el momento, su padre no existe más que bajo la forma de un retrato. La madre le mostró una foto y le dijo: «Este es tu padre». En realidad, Milène no reaccionó en ese momento. Parece que esto no tiene demasiada significación para la niña. Ella está feliz con su madre.

Pero a lo largo de su análisis construirá un Nombre del Padre de sustitución. Milène presentará una especie de fijación amorosa por un cantante muerto, Claude François, ídolo de su madre en su juventud. La pequeña se apoyó en la imagen idealizada del cantante para realizar la metáfora paterna. Profesa una pasión por el cantante que la madre tampoco reprime; más bien al contrario: le compra todos los CD y DVD de Claude François, la lleva a visitar el lugar en el que fue enterrado y lo venera. Este amor permite a Milène paliar la ausencia de su padre. Claude François le sirve de Nombre del Padre para construirse un mundo en el que la madre no es su único objeto de amor. El hecho de que la madre no haya prohibido el acceso a este amor, y se preste a dejarla apasionarse por el ídolo que él encarna, resulta ser crucial. Acepta que Milène ame a alguien más que no sea ella, a un hombre, en este caso, que no es cualquiera, pues se

trata de alguien amado también por ella. Por medio de este juego de sustitución imaginaria, la niña se introduce en una simbolización parcial de la muerte, de la ausencia. Se trata en esta ocasión de un forzamiento para suplir una operación inconsciente, fundamental en la estructuración del niño. El nombre de Claude François no reemplaza al padre ausente pero, sin embargo, produce un efecto mayor: la madre da el permiso a su hija para amar más allá de ella. Milène puede encariñarse con un sustituto paterno sin que su madre se sienta celosa, y el significante «Claude François» permite dar un sentido a aquello que para ella no lo tenía. Hasta entonces, su madre ocupaba todos los lugares y nada podía faltar. Ahora, la ausencia del padre es simbolizable. Se puede hablar de los que ya no están, y a la vez amarles.

Jérémie,⁴ por el contrario, tiene claramente un padre que se ocupa de él, que vive en casa y que tiene un cierto lugar al lado de su hijo. Pero para él, el deseo de la madre permanece marcado por un goce primario. No ha podido simbolizar a su madre como ausente. No se ha podido procurar el significante del Nombre del Padre para dejar de ocupar el lugar de objeto *a* en el fantasma materno, para separarse, para abandonar esa posición en la que él «satura [...] la falta de la madre»,⁵ es decir, esa posición en la cual él alimenta esta posición de ser objeto para ella. La metáfora paterna no puede llevar a cabo este trabajo de sustitución si no es porque el niño consiente a la castración originaria de la madre. La elección del sujeto es siempre una solución singular: señala la determinación del deseo que le es propio.

Freud mostró que «el niño toma a sus padres, y sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos. Habitualmente, obedece a una impulsión de los padres mismos, de la que la ternura posee un carácter netamente sexual, inhibido en sus fines. El padre prefiere generalmente a la niña; la madre, al niño. El niño reacciona de la manera siguiente: el hijo desea situarse en el lugar del padre; la niña, en el de la madre».⁶ El complejo de Edipo constituye un escenario que será totalmente reprimido y que tendrá repercusiones fundamentales en la elección de objeto de amor en la adolescencia.

Lacan desarrolló en su seminario *Las formaciones del inconsciente* los tres tiempos del Edipo, que dan cuenta de una teoría estructurada del desarrollo. Permiten sobre todo comprender la función del padre en la construcción del sujeto. En su «Seminario de Barcelona»,⁷ J.-A. Miller dio un valor príncips a este texto que sirve de hilo conductor en la localización de las identificaciones del niño con un progenitor y con otro.

En un primer momento, se da la identificación del sujeto con el objeto del deseo de la

madre, es decir, con el falo imaginario. El niño obtiene una gran satisfacción de esta posición de falo imaginario de la madre. Evidentemente, tendrá que deshacerse de esta posición, pero es necesario que la ocupe en los primeros tiempos de su existencia. En esta fase, el padre está presente, si bien no interviene forzosamente en el vínculo exclusivo con la madre que alimenta.

El segundo tiempo del Edipo marca un giro. Es el tiempo del padre que priva, que prohíbe, y especialmente que prohíbe el niño a la madre, el padre severo, aquel que marca su autoridad y hace valer su lugar al lado de la madre. Este padre que dice «No» tiene un gran éxito e incluso valió para Lacan para reconocerlo como el inventor del padre que transmite la ley. Es, sin embargo, igual de importante que sea la madre quien se sirva de la palabra del padre para decir «No» al niño. De todas maneras, si el padre es relegado a situarse en este registro de la autoridad y del rechazo, corre el riesgo de aparecer como un perseguidor. Debe también poder ser el padre que autoriza, que dice «Sí».

El tercer tiempo es el del padre que tiene y el padre que da, que da la prueba de su potencia, el padre que promete para más adelante. Es el tiempo que permite al niño identificarse en tanto que portador del pene; y, para la niña, de reconocer el hombre en tanto que es quien lo posee.

JUSTIN Y LA FALTA PATERNA

Para Justin, la separación de sus padres es tabú. No conoce a su padre y no le interesa saber quién es. Lo juzga desde hace mucho tiempo. Su padre es quien abandonó a su madre y esto es algo que le parece una falta imperdonable. Si bien ha crecido como un niño dotado de capacidades, sin aparentes problemas, surgieron en el bachillerato una serie de síntomas. Se siente muy angustiado, rechaza salir, excepto si es para ir al instituto. No se ve con nadie y pasa horas ante su ordenador o mirando por la ventana.

Un día, Justin llega a su sesión diciéndome: «No podrá usted adivinar qué me ha pasado». Me explica entonces cómo su padre se le ha presentado —le envió a su segunda mujer como mensajera— y la conmoción que le produjo el hecho de encontrarse con él. De hecho, su padre ha esperado a que Justin tuviera dieciocho años para aparecer, sabiendo que su exmujer habría hecho todo lo posible para impedirselo.

Justin descubre entonces a su padre, y a una familia unida alrededor de él. En efecto, está casado y tiene cuatro hijos.

Al principio, Justin quedó impresionado por este padre que lo hace todo por contentarlo. Le ofrece regalos y sorpresas. Es un padre feliz de haber reencontrado a su hijo, de quien no puede más que estar orgulloso. Justin se deja amar, a pesar de que permanece a la defensiva. Al cabo de un año, su juicio sobre su padre resulta no tener matiz alguno: «Es un pobre tipo», cuyo único ideal en la vida es tener dinero que gastar en un buen coche, símbolo de su éxito y de su libertad. Justin soporta cada vez menos las vueltas en coche con él. No le gustan sus ideas políticas, no soporta su actitud machista con su mujer, le reprocha la manera como educa a sus hijos. En resumidas cuentas, Justin desaprueba a su padre. Va a dejar de verle.

¿Qué efectos tuvo el encuentro entre el padre y su hijo?

De entrada, Justin descubrió que tenía un padre que le amaba. Encontró en la chimenea de la casa un regalo con un retrato de él a la edad de tres años, la edad en la que se separaron sus padres. Si bien su padre dejó a su mujer, no se olvidó de su hijo. Después, él tuvo otra versión de la historia de sus padres. Incluso si él no lo admite, su padre no fue el cabrón que su madre describe. Es en el nivel del Ideal en el que el padre no responde a las expectativas de Justin. No puede adoptar a su padre como modelo. Para Justin, es preferible no tener padre que tener un padre (juzgado como) ridículo. El ridículo del padre es imperdonable. Lacan habla de «la sombra de ridículo»⁸ que caracteriza la virilidad. Ahora bien, Justin no puede identificarse con este padre que hace ostentación de su poder por medio del dinero. El dinero es un valor que manifiesta el brillo fálico, el semblante por excelencia, y él no puede soportar esta demostración de poder. Prefiere las ideas de su madre, que lo crió con su sueldo modesto y que le inculcó los ideales de la modestia, de la simplicidad, del amor al prójimo. En fin, que el encuentro con su padre le permitió verificar la mala elección amorosa de la madre. Él se ocupa de defenderla de los hombres, de los que *a priori* desconfía. Rechazó una cohabitación con el amigo de su madre, y se dedicó a desmontar cualquier tipo de relación amorosa entre ella y un hombre. Para él, los hombres no son más que cabrones que destruyen a las mujeres. Sus fantasías le conducen a imaginarse siendo el protector y el salvador de una chica que podría perder su inocencia cayendo en los encantos de un hombre perverso. Él querría ser quien preservase el amor de cualquier tipo de

obscenidad sexual. Su fobia del mundo exterior le mantiene en su universo en el que los dos sexos se oponen, están en guerra.

En el caso de Justin, el encuentro con el padre no permitió obtener una rectificación de su posición. La identificación con el padre que no tuvo lugar en el momento del Edipo quedó a la espera. Justin es todavía el objeto de la madre y cuenta con continuar siéndolo. De su padre, no quiere saber nada. El encuentro forzado con él le confirmó su idea de que tener un padre no sirve para nada. Ahora bien, detrás del padre se perfila la cuestión de tener el falo y de la identificación con el padre como aquel que lo tiene. Sobre esto, Justin no tiene ningún «título en el bolsillo»,⁹ para retomar la expresión de Lacan, pues no hubo una identificación posible con el padre que da, el padre del tercer tiempo del Edipo, *el padre que lo tiene*, el que permite sobre todo tener un pene que podrá usar más tarde. En su encuentro con su padre, tuvo la experiencia de «el hombre que lo tiene», y esto le fue claramente insoportable. No puede apoyarse en un padre que tiene el falo y que goza de él. Justin no puede *tenerlo*, ya que él quiere *serlo*: quiere mantenerse siendo el falo de la madre. Justin es el hijo de un padre que no valía para la madre. Su hijo como su único amor.

NICOLAS SE AVERGÜENZA DE SU PADRE

Tiene quince años cuando lo veo por primera vez. Toda la familia ha sido seguida por un juez de servicios sociales a causa de una problemática de violencia parental. Los padres no niegan haber maltratado a sus hijos, y particularmente a Nicolas, su primogénito.

Es en la adolescencia cuando comienzan sus primeros episodios de violencia, primero hacia su hermano menor, después en el colegio, donde su escolaridad se deteriora. No hace gran cosa en clase. No tiene ningún proyecto ni se imagina ningún futuro. Un día, Nicolas pega a una niña, y los padres de ella lo denuncian. Nicolas dice no haberse dado cuenta de lo que hacía. «Ella se había burlado de mí y había insultado a mi madre», es el único motivo que aduce. Se le ingresa en un internado de semana y, de este modo, se lo aísla de su entorno habitual. Nicolas soporta bastante mal esta decisión, y se queja de que es objeto de una injusticia, como si él no fuera capaz de valorar su comportamiento.

Nicolas no subjetivó verdaderamente su violencia. Forma parte de él desde muy pequeño. Incluso si sus padres intentaron salirse de la repetición que les llevaba a pegar a

sus hijos cuando eran pequeños, Nicolas no puede hablar de eso. Y, en consecuencia: la violencia para él no tiene realmente sentido. Incluso si sabe que está prohibida, este mensaje queda cortocircuitado por la pulsión que lo rige.

Cuando se siente amenazado, pega. No puede explicar sus actos de agresión sin referirse a este sentimiento de inquietud que le empuja a defenderse. En el momento de nuestras entrevistas, Nicolas me habla así de su padre: «Es como si no existiera. Huye todo el tiempo». Para no ser violento, en casa su padre ya no se implica en nada; se hace el muerto. La madre, por su lado, lucha contra su depresión permanente, y pasa su tiempo acostada para poder soportar su existencia. Nicolas y sus hermanos y hermanas se encuentran, así, abandonados a su suerte, y se pelean. Para evitar la espiral de su violencia, los padres dejan a sus hijos arreglárselas entre ellos: parecen haber finalmente abdicado de su función paterna. Nicolas sufre la pasividad de su padre. Siente una especie de derrumbamiento, una pérdida de vida. Su padre mantiene la cabeza gacha, siempre tiene miedo, y aunque Nicolas le quiere mucho, no soporta verlo excusarse permanentemente. Se avergüenza de este padre humillado, incapaz, perdedor. Querría que las cosas cambiasen para mostrar a su madre y a sus hermanos y hermanas que la mala suerte no es irreversible.

El analista sostiene a Nicolas en su apuesta por la palabra. Es una palabra que respira poco. Es frágil, se busca a ella misma, pero cuando se articula, parece sensible y dirigida a un diálogo. Con Nicolas, la presencia del analista se manifiesta por medio de una palabra que nombra aquello de lo que se trata, que responde a las preguntas. A lo largo de las sesiones, el analista fabrica un vínculo que durará varios años. Para él, esto representa no reincidir en una violencia que él cree que es cotidiana. Juntos, creamos un tipo de relación que él nunca había experimentado, un vínculo en el que lo que él hace no es juzgado, pero permanece como un enigma y como un síntoma que hay que comprender. Como él mismo dice, se trata de «transformarlo en palabras». Esta transformación no puede tener lugar más allá de una estructura que permita establecer el vínculo con el analista. Cada vez que estaba confrontado a una interrupción de las sesiones conmigo —por ejemplo, en el momento de entrar en un internado de provincias—, Nicolas supo explicar que no quería cambiar de «psicólogo» y también convencer a los profesionales a su cargo para que aceptaran su demanda de volver a venir para hablar conmigo, en el lugar donde yo atiendo, lugar conocido por sus padres. En efecto, este vínculo es el único en el que ellos pudieron ser acogidos para depositar su historia sin ser

juzgados como malos padres. Es un lugar sostenido por la palabra. Nicolas me enseñó que este vínculo era importante para él, que este lugar seguiría siendo su refugio, garante de su lugar de sujeto, independiente de los que le «siguen» y le consideran un pequeño delincuente o un futuro marginado. Gracias a este pacto simbólico, el de la palabra, él continúa queriendo salir de la violencia en la que se sumerge cuando se siente agredido por sus semejantes. Sabe que la agresividad puede conducirle a la cárcel, y aprende a elegir hablar de la cólera que hay en él, reconocerla y nombrarla para poder superarla, para hacer de ella otro uso.

Este esfuerzo tiene un nombre: es el trabajo del analizante. Para hacerlo, ha necesitado encontrar un analista en una institución, dispuesto a reflexionar con él sobre esta violencia que le aprisiona como sujeto.

TRAUMA Y TRANSMISIÓN

La transmisión concierne a la cuestión de la palabra. La transmisión circula en el deseo. Lacan indicó en «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis» su valor simbólico: «El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar».¹

Esto sitúa la transmisión como ya escrita, ya programada, diríamos hoy. De hecho, se produce espontáneamente desde el momento en que la palabra es ahí el vector. Freud descubrió este efecto de los significantes desde el inicio de sus investigaciones. Las huellas mnémicas escriben el inconsciente. Inscriben una historia y constituyen una marca singular para cada uno. Lacan le dio a esta un lugar realmente esclarecedor al final de su enseñanza. Llamó *lalengua* al trazo dejado por la materia sonora de los significantes en el inconsciente. Esta lalengua da cuenta de lo más singular del sujeto. Lacan precisa: «Lo escribo en una sola palabra para designar lo que es el asunto de cada quien, lalengua llamada, y no en balde, materna».² Indicó así que está desde el inicio. Este concepto da cuenta del impacto de las palabras en la transmisión.

La clínica muestra que lo que no es nombrable, lo que no pasa por el lenguaje, retorna en lo real —para retomar la fórmula empleada por Lacan—; es decir, por fuera de lo simbólico. Esto comporta un no sentido en lo más profundo del ser, a menudo presente en ciertos fenómenos psicóticos.

Por otra parte, lo que los padres querrían transmitir no es lo que el niño escoge recibir de ellos. ¿Quién no ha intentado transmitir el gusto por la lectura o por el deporte a su hijo y ha terminado constatando que los intereses de este no iban en esa dirección? Intentar que los hijos practiquen algún deporte en particular, que aprendan danza, música, etc., responde a un deseo consciente que a menudo organiza las decisiones de los padres hacia lo que ellos mismos hacen o, al contrario, hacia lo que no pudieron hacer. Los padres esperan así obtener una identificación que se implementaría a partir de

su propia pasión. No es raro constatar la desmesura de las actividades extraescolares que algunos padres imponen a su hijo, como si no pudiera faltar nada.

Es una ilusión creer que la transmisión de los saberes pasa por prácticas de aprendizaje múltiples. El fenómeno merece ser subrayado, pues conduce a menudo al niño, una vez que es adolescente, a no querer saber nada más de ello, en respuesta a esta voluntad de colmarle por medio de un activismo intenso: una anorexia en cuanto al deseo de aprender, de saber, se manifiesta entonces en el niño.

Y después está lo que el padre y la madre transmiten sin saberlo, y esto es finalmente lo más sorprendente. Se trata, por ejemplo, del «de tal palo, tal astilla» que involucra a uno y otro en una complicidad más o menos aceptada, sobre todo cuando se trata de un rasgo negativo. Algunos padres tienen fórmulas que dicen mucho para indicar la mala elección identificativa hecha por el niño: «Le viene todo del padre»; o incluso: «La niña no ha aprendido nada en la escuela, como su madre». Es entonces cuando la identificación con el «mal padre» tiñe el cuadro que se hace el sujeto, y lleva a cada cual a su síntoma o a su falta.

La transmisión es una operación compleja que pasa por la identificación con ciertos rasgos de los padres —pero también de hermanos y hermanas, o de otros miembros de la familia, sobre todo los abuelos—. La palabra es lo único que está concernido en este asunto. Por eso es imposible conocer su verdadero alcance hasta que no se realiza el análisis. Entonces uno se da cuenta de que a veces un simple comentario fue determinante en nuestra vida, y nos abrió o, por el contrario, nos cerró algunas puertas.

Esta cuestión de la transmisión es evidentemente crucial en el mundo contemporáneo, en el que la diversidad de familias invita a reflexionar sobre lo que se transmite al niño cuando se vive solo/a con él o cuando ha sido educado por una pareja homosexual. Nada indica que el niño no podrá construir su identidad sexual sin el soporte de padres de sexos diferentes. En efecto, la única relación que instauraría una complementariedad entre el significante «hombre» y el significante «mujer» sería la relación sexual entre «padre» y «madre». Ahora bien, si hay una relación entre «padre» y «madre», ¿es sexual? Señalemos que las funciones «hombre» y «mujer» no quedan completamente recubiertas por las de «padre» y «madre». La pareja parental no puede fundar la relación sexual del hombre y de la mujer. Más bien, es la relación con la madre lo que hace de obstáculo a la mujer, de la misma manera que el padre puede, si llega el caso, hacer de

obstáculo al hombre. La relación entre «padre» y «madre» no puede superponerse a la relación entre «hombre» y «mujer».

La presencia del padre o de la madre no es imprescindible para el niño cuando se le responde sobre la manera en la que vino al mundo. La inscripción en una posición sexuada se enraíza también en el discurso del Otro social. La realidad familiar no es un modelo identificativo imprescindible para el niño desde el momento en que él comprende las fallas. Puede sufrir por ser un niño sin padre, o un niño sin madre. Pero esto no le impedirá escoger ser él mismo chico o chica, según su posición respecto al falo.

LA MENTIRA DE SOPHIE

Me encontré con la señora F. y Sophie, una niña con grandes ojos oscuros. «Sophie me miente», me dice su madre. Si bien ella tenía una plena confianza en su hija, el descubrimiento de su mentira la trastocó. Le desborda una intensa inquietud.

¿De qué mentira se trata? Sophie no dijo a su madre que no había tenido buenas notas en la escuela. Las escondió.

Para la madre se trata de un hecho absolutamente inconcebible, y el descubrimiento de esta falta hizo tambalear el edificio de amor y de lealtad que, creía ella, las unía a las dos.

Decido recibir a la madre sola, dejando a la niña en la sala de espera. La relación de esta madre con la verdad me pareció, en efecto, muy particular: el efecto producido en ella por un desplazamiento tan pequeño de su rectitud podría presagiar un mal encuentro con la falta.

Esto es lo que ella me confía. Por una parte, el hombre que le había prometido matrimonio y una vida de familia huyó después del nacimiento de la hija; más tarde, se enteró de que este hombre ya estaba casado y tenía hijos, y no quiso volver a verle. Por otra parte, había perdido a su padre en condiciones sorprendentes: había sido asesinado y la investigación nunca pudo aclarar la verdad de tal acontecimiento.

Entonces, había sufrido dos «mentiras» fundamentales en su vida. Su padre quizás había escondido una doble vida. El hombre en quien ella confió, hasta el punto de que tuvo un hijo con él, le mintió: no era quien decía ser; tenía una doble vida.

El significante «mentira» tiene entonces una connotación singular en la vida de esta mujer. Es un significante amo, es decir, que funciona a sus espaldas y que determina sus

elecciones. La mentira remite al engaño, y a la vergüenza que no deja de sentir desde el nacimiento de Sophie. Hace seis años que vive con el sentimiento de la falta, que se alejó de su familia y que no tiene relaciones con nadie. El descubrimiento de la mentira de su pareja la sumió en el abandono, y su vida se desmoronó. «Ser abandonada por un hombre» es algo que no le podía pasar a ella, se decía.

La señora F. no habló nunca a su hija de su padre. Le propongo entonces recibir las juntas para poder hablar de ello.

En esta entrevista, para gran sorpresa de su madre, la pequeña Sophie dice que cada vez que se cruza con un hombre negro en la calle, se pregunta si no será su papá. La madre se quedó atónita. ¡No había imaginado que su hija pudiera preguntarse sobre su padre cuando en realidad ella nunca le había hablado de él...! No podía pensar que el hecho de no decir nada de su filiación con su niña fuera mentir —aunque fuese por omisión—, e incluso creía que lo estaba haciendo por el bien de la niña.

En este caso, hay una doble falta. La falta escondida del padre, por un lado, y la de la madre, por el otro, que mintió a su hija escondiéndole la verdad sobre su padre.

Todo esto por el hecho de no haber lavado la falta del padre de la joven mujer. Su padre está muerto y se llevó su secreto a la tumba. La verdad no es sin embargo intolerable —uno puede terminar por admitirla—. Lo que, por el contrario, sí sucede es el hecho de no querer saber nada de ella. La mentira del abuelo, imposible de simbolizar, tuvo efectos en las elecciones amorosas de su hija. Sophie es la prueba inconsciente de ello; ella carga con la falta de su abuelo, la mentira, vía su madre. Ella, que no escondió más que sus notas escolares, tenía buenas razones para hacerlo. Pues se le había mentido bastante sobre su historia. Se habían disimulado una serie de hechos. Y los hechos que no pasan al decir preparan la llegada del destino que el sujeto *se teje*.³

Sophie comprendió la oferta del analista de ir a hablarle cada semana. Rechazó la palabra y creyó en su propia culpabilidad. Se había identificado con ella. De repente, Sophie dejó el lugar a su madre. Las entrevistas permitieron a la madre dar cuenta del peso del silencio en su vida. Pudo finalmente decir lo que había determinado el error de su vida, del que tanto se avergonzaba. Este trabajo permitió que su hija recibiera algunas explicaciones sobre la existencia de un padre que habría podido conocer.

Cuando un niño nace ya está inscrito en una cierta constelación significativa. Los ideales, las construcciones fantasmáticas, los secretos familiares, los encuentros de la vida ejercen su peso de significación y orientan el deseo de cada uno. Así, el niño se hace

un lugar en una estructura de lenguaje que le dará un ser. Se inscribe en el deseo del Otro, lugar en el que la palabra es un pacto simbólico. Es por ello que la familia no es una forma cualquiera de grupo. Reconociendo a cada nuevo niño como propio, le da un sentido en la filiación. La madre y el padre lo nombran, y esta transmisión del nombre propio es correlativa a la transmisión simbólica. El niño lleva el nombre de uno de sus padres, o de los dos. Esto le sitúa en una serie, un linaje que indica su posición en la sucesión de las generaciones. De este modo, el niño podrá comprender de dónde viene. Esto le introduce en el tiempo y en la sucesión temporal lógica que funda la diferencia entre las generaciones.

El psicoanálisis es una práctica que se interesa por los desórdenes que afectan al sujeto. El analizante hace la experiencia, en su cura, de lo que puede decir de sus padres, de sus hermanos y hermanas, de sus abuelos, etc. La experiencia analítica revela la incidencia de la historia familiar en el sujeto y le ofrece la oportunidad de posicionarse *de novo* frente a esta historia, frente a los acontecimientos que puntuaron su vida, que molestaron su programación, que modificaron lo que quiso ser o tener... El destino de cada uno no se escribe sin una elección del sujeto. Esta elección inconsciente es lo que motiva al analizante —sean cuales sean los dramas de su biografía— a pretender saber por qué es lo que es y, de resultas, a sentirse aliviado.

Lo que nosotros, psicoanalistas, sabemos es que los sufrimientos y los dolores no son proporcionales al horror realmente vivido. Los analizantes mencionan a menudo eso, que no vivieron dramas atroces que expliquen la amplitud del malestar que sienten. Ahora bien, el sufrimiento no se mide. La culpabilidad de sentirse desgraciado es, contrariamente, lo que forma el nudo del síntoma. Se trata entonces, más bien, de hacer la elección de salir de su mal paso, de revisar la construcción que produjo las pequeñas o grandes catástrofes de su vida, ya sean reales o imaginarias.

MARCIA Y SU DOBLE MADRE

Marcia tiene cuatro años cuando la recibo con su madre, que la cría sola desde su nacimiento. Viene a consultar derivada por la escuela. Creen que la niña es demasiado reservada. Se queda sola en el recreo, sin hacer nada, o se pega a la maestra; una serie de comportamientos, todos ellos, que muestran que tiene alguna dificultad.

La madre explica que ella misma pasó por momentos difíciles, sobre todo algunos problemas de salud que la dejaron en casa durante un largo periodo. Fue su propia madre quien se ocupó de ella, así como de la pequeña Marcia. La señora S. tiene una relación muy cercana con sus padres, y sobre todo con su madre, que la ayuda cada vez que lo necesita.

Las primeras entrevistas muestran que esta madre ha tenido que hacer frente repetidamente a dificultades relacionadas con la alimentación de Marcia: ninguna era la adecuada. Según ella, la niñera lo hacía fatal, desarrolló un rol que afectó negativamente en la evolución de su hija. La mala es siempre la otra madre, la madre de sustitución. Esto indica a la vez la rivalidad que se instauró entre la madre y la niñera, y la imposibilidad para la madre de anudar una relación de confianza con las personas que se ocupan de su hija.

A medida que nuestros encuentros se sucedían, iba comprendiendo que en realidad la señora S., a causa de sus horarios de trabajo, se ocupó poco de su hija durante los primeros meses de vida de la pequeña. Se contentaba con acostarla después de llegar a casa. Proyectaba así «la mala madre» en la niñera. Por otra parte, me dice, Marcia duerme mucho, más de catorce horas por noche. El sueño parece ser una respuesta del niño a la angustia materna: durmiendo, ella deja a su madre en paz. Quizás esto esté relacionado con dificultades por parte de esta madre para investir a su hijo en tanto que ser vivo, es decir, para asumir que es un ser que demanda, que quiere, que no quiere; dicho de otro modo, correr el riesgo de confrontarse a la vida, al deseo de este ser.

En efecto, puede suceder que alguna madre, aunque ame profundamente a su hijo, intente evitar el encuentro con él, pues experimenta angustia en su presencia. Esta madre instaure entonces una relación fóbica con el niño. J.-A. Miller indica: «Cuanto más colme el niño a la madre y más la angustie, más se adecua a la fórmula según la cual es la falta de la falta lo que angustia. La madre angustiada es de entrada la que no desea, o desea poco o mal, en tanto que mujer». ⁴ El estudio clínico permite observar que toda madre puede experimentar momentos de angustia vinculados a su relación más o menos fusional con su hijo, sin que se pueda decir, sin embargo, que él colma totalmente su falta. Pero para la madre de Marcia, el niño obtura su falta. Llega a ser tan vivo que ningún hombre no llega a mediatizar su relación con su hija y a restituirla como mujer. La mujer en este caso está estrictamente recubierta por la madre: la señora S. se perdió como mujer en la maternidad.

Marcia fue tratada por una retención esfinteriana grave —ella misma se privaba de ir al lavabo de la escuela, incluso para hacer pipí— vinculada, según el médico generalista, a una educación precoz en el control de esfínteres por parte de la niñera, que le habría retirado demasiado pronto los pañales.

Al final de las primeras entrevistas nos encontramos ante una situación bastante delicada, con una relación madre-hija indecible, opaca. Objeto aparente de todos los cuidados, Marcia parece no querer responder a las expectativas maternas. Se opone a algo.

En mi despacho, Marcia se muestra muy viva. Juega a cocinitas y me incluye pronto en su diálogo acerca del hecho de comer y de beber. Se muestra muy atareada como si fuera una verdadera ama de casa, e intenta comprobar mis límites. Es bastante provocadora, da órdenes, reproduciendo así la relación que tiene con su madre: ella exige y manda. Es interesante ver cómo el niño sitúa al analista en la relación de transferencia. En este caso, el analista no es el sujeto que se supone saber. Una relación binaria se instaura entre el niño y el analista; ella pasa entonces de «ser el niño» a «ser la madre» de manera instantánea. Cuando hace de madre, espera de mí que obedezca inmediatamente; si no lo hago, grita. Este modo de relación da cuentas de una relación con el otro en tanto que *alter ego*, que puede desde luego bascular en una lucha devastadora. Se trata de una relación de alienación del sujeto con el otro, sin una mediación que vendría a suavizar la relación. La respuesta es binaria: «¡O tú o yo!». Es el reino «del estado del espejo [que] es la primera estructura del mundo primario del sujeto». ⁵ Este «transitivismo» es el índice de un «mundo [...] inestable, sin consistencia» y abierto a todos los peligros.

Esto es lo que la señora S. me dirá de su historia amorosa con el padre de Marcia.

Conocía a ese hombre desde hacía varios años. Decidieron separarse cuando ella quedó embarazada. Su pareja le pidió abortar, pero ella decidió seguir adelante con el embarazo. Era impensable para ella abortar. No volvió a ver a ese hombre, y no sabe de ninguna manera cómo situar este padre para su hija. No le ha hablado nunca de él. Se apoya en la pareja de sus padres para decir a Marcia algo acerca de la normalidad de una relación entre un hombre y una mujer y decirle que su papá está lejos, que no puede ocuparse de ella.

La señora S. me dice que nunca se ha arrepentido de su acto. Su hija es, dice ella, «la cosa más bella de [su] vida». Lo es todo para ella. Por otra parte, no pretende tener de

nuevo pareja. Por ese lado, me dice, no espera nada. Experimenta incluso una cierta animosidad hacia los hombres en general. En su discurso, ella y Marcia no suman más que uno. Este amor materno repara su relación particular como hija de su madre. En efecto, no fue sino después del nacimiento de su hija que la señora S. se acercó a su madre, quien la adora, y que se mostró muy disponible para Marcia. Tal benevolencia restaura a la señora S. como hija herida, enferma, al lado de esta madre vista como alguien fuerte, estable en sus opiniones, cuando en realidad ella se describe como alguien más frágil, indecisa, voluble e influenciabile.

Parece que la señora S. está casada con su propia madre. Ella le hizo un hijo. Marcia es el hijo de la hija y de la pareja parental. El padre de la señora S. no es ajeno por completo al asunto. Él también cuenta para su hija, que le ama y le respeta. Para la señora S., la pareja formada por sus propios padres encarna por otra parte una cierta imagen de la felicidad conyugal. A fin de cuentas, su madre es quien tiene al hombre ideal. No puede haber dos, y es su madre quien lo posee. Pero gracias a su Marcia, de la que ella no pudo cuidarse durante los primeros meses de su vida, pues ella misma «sufría y permanecía clavada en la cama», consiguió separar a su propia madre de su hombre para ocuparse de ella. De ella y de su hija que forman un Uno. Habrá hecho falta que ella dé a luz a este niño para llamar la atención de su madre.

Ahora bien, el síntoma de Marcia, la retención anal, retiene justamente la atención. Sabemos que Lacan definió cuatro objetos: el objeto oral (el seno), el objeto anal (el excremento), el objeto voz y el objeto mirada. Los dos primeros se refieren a la demanda: el objeto oral encarna la demanda al Otro y el objeto anal, la demanda del Otro. Los otros dos objetos se refieren al deseo.

En el momento del control de los esfínteres, la madre demanda al niño que le dé sus heces. Demanda al niño una cesión del objeto; el niño debe aceptar separarse de un trozo del contenido de su cuerpo. Pero no puede hacer esto más que si esta demanda se acompaña de una gratificación. Si no, corre el riesgo de entrar en una problemática en la que dar no es posible, pues esto significa perder sin satisfacer al Otro, es decir, finalmente aceptar una forma de castración vivida entonces bajo el modo de la sumisión a la voluntad de Otro omnipotente. Se puede pensar también que Marcia, en su retención anal, está atrapada en la problemática de la pareja que formaban sus padres antes de su nacimiento: tener o no un hijo. Este caso muestra bien cómo el niño aparece como desecho, como resto de la relación sexual.

Podemos hacer la hipótesis de que Marcia mantiene en ella el objeto anal, pues ella es prisionera del significante «mantener» que presidió su llegada al mundo. Encarna este objeto, ella es *eso*. Esto da cuenta de cómo ella no manifestaría, según su madre, ninguna vergüenza por hacerse cacas. Todo sucede como si sus heces no tuvieran una realidad, ningún sentido ni efecto en ella. Parece indiferente y no explica ningún afecto particular sobre ello. Su posición pasiva muestra que ella está fijada a este significante amo equivalente al objeto desecho que ella fue para el Otro paterno, en el discurso de la madre. No sabe qué hacer para mantener o no el objeto que ella tiene y que ella es a la vez. Cuando el objeto cae, no está separado de ella, y es entonces este objeto. La educación esfinteriana consiste en hacer del objeto anal un objeto que cae en picado y adquiere un valor propio, el del regalo, decía Freud. Para Marcia, esta operación no está simbolizada, el objeto no puede equivaler a una forma de regalo, marca de un don.

Se necesitaron algunos meses de entrevistas para que este síntoma cediera. Marcia acabó por salir de su relación imaginaria con su madre. Pudo diferenciarse de ella y ocupar un lugar que no está pegado a ella. Se puso a hablar cada vez mejor, y la escuela se dio cuenta del cambio y de su mejora en su autonomía. Ha sabido hacer amigas y, a pesar de un pequeño retraso, sigue bien los aprendizajes.

Sin embargo, la representación que ella tiene de sí misma sigue siendo problemática. No dibuja más que enormes garabatos. Incluso si, a demanda de su madre, intenta esbozar un hombrecito, termina siempre por ennegrecerlo todo y hacer desaparecer la forma. Tacha y ensucia todo lo que ha terminado haciendo de manera muy pulsional. Su dibujo acaba pareciendo siempre una gran caca. Parece que su acceso a la simbolización está impedido. Ella es activa en esta operación de anulación, como si desde el momento en que ella apareciera como sujeto, desapareciera instantes después. ¿Hacía falta mantenerla? Es la pregunta de la que, inconscientemente, ella me habla. Algo de ella no está autorizado para vivir. Es un real que la designa como objeto *a* en el fantasma materno, resto de la feminidad perdida de su madre y de su padre desconocido.

LA TRANSFERENCIA Y EL ACTO ANALÍTICO

No hay psicoanálisis sin transferencia. Es su «pivote», dice Lacan. Sin embargo, la transferencia existe, por supuesto, fuera del psicoanálisis. El amor es su fundamento, un amor auténtico, según Freud. Fue él quien lo consideró como un fenómeno espontáneo ligado a la repetición. Lacan hizo de ella un resorte fundamental de la palabra.

La palabra está siempre dirigida e implica que es escuchada por otro, incluso si uno no lo sabe. La entrada en el dispositivo analítico transforma la palabra, tan singular en sí misma, por el hecho de estar dirigida a un psicoanalista, que aquello que creía yo decir no tiene ya el mismo sentido para mí. Desde ese momento, se da un lugar a aquel que sabrá interpretar lo que digo. Lo que define la transferencia en la experiencia analítica es el hecho de ser un fenómeno en el que están incluidos juntos el sujeto y el psicoanalista. Lacan criticó y denunció la tesis anticipada por los posfreudianos, que la dividieron en dos modalidades distintas: la transferencia y la contratransferencia¹ —término que remite a los sentimientos experimentados por el analista con respecto a los sentimientos inconscientes de su analizante—. Para Lacan, la transferencia está ante todo vinculada a la situación analítica en la que la exigencia de amor es correlativa al deseo de saber.

Para Lacan, el primer resorte de la transferencia es la demanda. Lo que se enuncia en análisis es siempre una demanda de la que la consecuencia es que Otro se presente, de quien se supone poder satisfacerla. El analista está en el lugar del Otro de la demanda, aquel a quien se dirige la demanda. Es por ello por lo que al analizante le reitera sus demandas más antiguas, repite aquello con lo que se frustró, de lo que fue privado, o aquello que le faltó. Todo ello sitúa al analista en el lugar de soportar todas las figuras del Otro de la demanda. A partir de esta función del analista se dedujo que él ocupaba para el analizante el lugar de los padres. Ahora bien, se trata para él de no dejarse identificar con los padres de su analizante. Lacan demostró cómo Freud se dejó atrapar en la transferencia de la histérica, situándose en el lugar del padre, de un padre deseante. La consecuencia fue la salida del análisis, como en el caso Dora² o en el de la joven

homosexual.³ Lacan introdujo la idea de que la transferencia aparecía como «una fuente de ficción».⁴ El sujeto construye una forma de ficción de su vida, que dirige al analista. Si bien Freud hubiera despejado esta ficción, que el analizante construye para el analista con el fin de hacerse amar, él habría evitado la trampa de la histérica.

La demanda de los padres no es siempre la del niño. Sucede que los niños no piden venir a hablar de sus dificultades cuando los padres lo desean. Ellos rechazan la ayuda que se les propone, a menudo, por culpabilidad, o porque no quieren ser el objeto causa de la demanda. Se sienten culpables de disgustar a sus padres. Las entrevistas preliminares permiten evaluar esta demanda del niño y adaptar las modalidades del encuentro con el analista. Aunque no siempre es posible construir un encuentro a partir del modelo clásico del analista y del niño-analizante. Cuando se trata de niños muy pequeños, la madre y el niño son atendidos juntos. A veces, es necesario recibir a uno de los padres antes o después de la sesión con el niño, para tranquilizar a uno o al otro, por ejemplo, pues el niño, cuando establece una relación de confianza con la persona del analista, puede experimentar envidia de que su madre ame también al analista, o se haga amar por él. Teme igualmente que el amor por el analista desagrade a su madre, que lo sienta como un abandono, como una traición. Es entonces importante desinflar estos miedos fantasmáticos e indicar, tanto a la madre como al niño, que se trata de un trabajo de sostén del deseo, de anticipo en su devenir, de un trabajo de palabra y no solamente de una historia de amor, incluso si esta, en tanto que experiencia inaugural, es el signo de que el niño puede autorizarse a separarse de su madre.

El analista del niño no funciona nunca como un padre para el niño, incluso aunque a veces lo parezca, para introducir así, después, la distancia entre su posición y una posición paterna e indicar al niño el lugar del que se trata. Pero en principio debe mantener su lugar de adulto exterior a la familia. El niño tiene a veces dificultades para entender que la persona del analista no es *de su familia*. Quiere invitarlo a su cumpleaños, o a otras fiestas familiares... Como la histérica freudiana, interroga el lugar que él ocupa para el analista y quiere ser amado por él. Le corresponde al analista responder al niño sobre su posición al respecto. Incluso si puede sentir como frustraciones el rechazo a sus demandas, el niño aceptará a menudo con tranquilidad ser situado en su propia historia familiar y ser considerado como un sujeto que tiene un lugar particular en la transferencia.

Lacan introdujo otro resorte en la transferencia que no fue la demanda, un resorte más

radical, que llamó «el sujeto supuesto saber».⁵ Para el analizante, el analista encarna aquel que sabe, aquel que detenta el saber que él no tiene. Del hecho mismo de hablar a este Otro que es el analista, se desvela la idea de que hay un sentido desconocido por descubrir en la palabra. Esta formación del sujeto supuesto saber es «como si estuviese separado del psicoanalizante»;⁶ es, añade Lacan, «no de artificio, sino de vena». Esto significa que el sujeto supuesto saber no es real; se inscribe en la relación y opera a partir del deseo del analista.

Si bien no es algo interpretado en la sesión, el inconsciente no se escribe como saber, pues no despliega su lógica más que en la relación transferencial. La interpretación es por otra parte lo que abre a la transferencia desde las primeras sesiones. Es lo que hace escuchar en el sujeto que lo que él dice tiene un sentido que no percibe, o que se resiste a lo que había captado. En el análisis con los niños, la interpretación y el acto se sitúan a menudo como una construcción. El analista interpreta traduciendo para el niño lo que este quería decir o saber. Para que haya análisis, es preciso entonces que el analista haya permitido la entrada en este dispositivo de palabra y que haya abierto la vía hacia el desciframiento del síntoma. El analizante busca una respuesta a su pregunta, el analista le indica cómo hacer para encontrarla; esta vía es el inconsciente y sus manifestaciones. El analista orienta al analizante en este descubrimiento, pues él extrajo de su cura un saber sobre el funcionamiento psíquico y sus mecanismos.

El caso de Sébastien muestra cómo la paradoja de la transferencia puede ser manejada en la cura del sujeto para desbaratar la función de un Dios que lo sabe todo. El acto del analista consiste aquí en introducir en el espacio de la sesión la posibilidad de un Dios que no sea omnisciente.

SÉBASTIEN TIENE MIEDO DE DIOS

Sébastien tiene seis años. Está en primaria y su tutora está preocupada por su ansiedad extrema. Tiene todo el tiempo miedo de que le regañen y parece aterrorizado con la idea de equivocarse en sus ejercicios. Preguntado por ello, el niño no dice nada y la tutora convoca a sus padres.

En las primeras entrevistas, Sébastien habla fácilmente de su vida y de su entorno familiar. Su madre está muy enferma, sufre continuamente de dolores de cabeza y de

vientre. También él tiene a menudo dolores de barriga. Cree que es el Dios bueno que le provoca esto. Pues «el Dios bueno lo sabe todo, lo ve todo», me dice él.

Sébastien está en una relación con el Otro del saber omnisciente, y más bien inquietante. Su gran ansiedad está vinculada a esta figura del Otro que tiene todo el poder sobre él. Intenta entonces detener esa inquietud siendo siempre perfecto. Ahora bien, a pesar de sus excelentes resultados escolares, le ocurre un día que no llega a conseguirlo y entonces se angustia. Duerme mal, tiene miedo de la muerte. ¿Cómo podrá Sébastien hacer surgir un sujeto supuesto saber en el proceso analítico, él, que cree en un Dios que lo sabe ya todo?

En su caso, decidí no ocupar este lugar en la transferencia. Me tomé el tiempo de escuchar su verdad sin desmentirla y después, cuando el niño se situó en una relación de confianza, introduje progresivamente preguntas alrededor de este saber de Dios: «¿Tú crees realmente que Dios puede interesarse en todo lo que tú haces?». No se trata de prohibir el hecho de creer, sino de aligerar al niño del peso de esta certeza de un Dios severo y todopoderoso.

Muy rápidamente, Sébastien se encontró mejor. Se tranquilizó con respecto a su miedo. Me pudo confirmar los temores que le habitaban y plantearme libremente sus preguntas sobre la vida, la muerte, la sexualidad, las prohibiciones y los peligros múltiples de hacerse daño y morir. Prisionero de las angustias maternas, solo puede separarse de ellas apoyándose en otro saber, un saber que tiene en cuenta las causas y sus efectos y que les da un sentido; no se puede separar de dichas angustias dejando a Dios todo el poder de decidir.

Así, poco a poco, un saber diferente podrá encarnarse para el niño, un saber que le concierne y que se dirige a él, un saber que no es *voyeur* ni dominante. Para su acto, el analista posibilitó un espacio de apertura hacia el cuestionamiento, sin que el sujeto fuese fulminado por el miedo. Permite al niño entrar en una dialéctica con un Otro que le responde y que no lo sabe todo.

Por otra parte, Sébastien no puede concebir ser el fruto de una relación sexual entre sus padres. Su existencia tiene que ver más bien con la unión de Dios con su madre que con la de un padre que sería un hombre deseante para una mujer. Según la lógica de esta problemática, la madre ocupa el lugar de la que sabe y que comparte todo con Dios, al que está sometida —su madre y Dios comparten así el secreto de su creación—. El padre es amado por su función tranquilizadora de padre que trabaja y atiende al bienestar

familiar. Para Sébastien, ningún vínculo de deseo parece circular entre el padre y la madre, pues están aislados en su función y ocupados consecuentemente en su tarea. El niño se hace así el objeto de la potencia materna —ella misma unida a la de Dios— sin que el padre pueda intervenir en este vínculo patógeno.

Para el psicoanálisis, el carácter traumático de la sexualidad es un hecho estructural. De esto, Lacan establecerá un axioma: *no hay proporción sexual*. El enfoque de la sexualidad paterna pasa en general, como demostró Freud, por teorías sexuales infantiles, convocando escenarios más o menos sádicos. La constatación de la diferencia de los sexos es sin embargo importante para el niño. El símbolo del falo permite entonces al sujeto posicionarse como teniéndolo o no, y de elegir lo que se llama su sexo psíquico, que funciona a pesar de su sexo biológico. Lacan llamó a esta operación «la sexuación»: el sujeto elige bajo qué fórmula inscribe su sexualidad, ya se aproxime esta a la del hombre o bien a la de la mujer.

Volvamos a la transferencia. El gran descubrimiento de Lacan relativo a la transferencia y a su manejo es este cambio radical que consiste en pasar de la transferencia como amor a la transferencia como sujeto supuesto saber; este «pivota desde donde se articula todo lo que tiene que ver con la transferencia».⁷ Se pasa así del amor al decir, pues lo importante en el análisis no es amar —es, más bien, un obstáculo mayor en el avance de la cura—, sino decir, hacer existir un decir. Es por ello que el análisis no debe focalizarse en todo lo que el analizante puede explicarle sobre las variaciones de su amor por él; el trabajo consiste, más bien, en hablar de lo que no funciona, y que funda la transferencia.

El analista lacaniano no da pie a la relación imaginaria entre el paciente y él. Sabe que la transferencia pasa por su presencia, pero también por el hecho de que la palabra del analizante se dirija al Otro que él encarna para el sujeto. Esto le permite no combatir con los sentimientos de sus analizantes, ni con los suyos tampoco. Escuchar la queja tiene sus límites; lo que orienta el trabajo es que el sujeto pueda construir su historia situando la parte que le concierne, que consiga poner en serie los acontecimientos con las elecciones que se le impusieron.

¿Qué puede entonces saber el analista? Él es aquel que, por medio de la interpretación, busca la causa, y, de entrada, la causa del síntoma, del malestar. El sujeto supuesto saber encarna de resultas la causa escondida. Es equivalente a lo que el sujeto no sabe y que advendrá al final del análisis como saber del analizante, en el lugar del saber del analista.

La idea prínceps, primera, del psicoanálisis es que descubrir la causa implicaría la curación. Y esta noción, evidentemente, es fundamental, sobre todo en el psicoanálisis con niños, en el que se trata esencialmente de acción terapéutica.

Sin embargo, Lacan nos advierte que, desde el momento en que este sujeto supuesto saber está «encarnado en alguien determinado, en una figura asequible a él, surgirá, para quien se encargue de su análisis, una dificultad muy especial para hacer obrar la transferencia».⁸ El psicoanálisis con los niños nos confronta a esta dificultad.

En efecto, los niños sitúan a sus padres en este lugar de sujeto supuesto saber. Piensan que sus padres detentan un saber sobre ellos mismos a la vez que sobre todo lo que les concierne. La serie de los «¿por qué?» con la que insisten a sus padres hacia la edad de tres o cuatro años es la manifestación de esta creencia ilimitada en el saber parental, que ponen en ese momento a prueba. Por otra parte, como progresivamente podrán ir intuyendo, sus padres no pueden responder a todas sus preguntas, no son omniscientes. Los síntomas de angustia en el niño están a menudo vinculados a estos momentos en los que se rasga el velo de la infalibilidad del Otro parental. Cuando viven la incapacidad de los padres para detener la tormenta, para impedir la muerte del perrito o la pérdida del peluche, los niños se confrontan a este Otro impotente. Es importante que pasen por esta prueba, que tomen consciencia de que el Otro parental no se lo puede dar todo, o que no lo puede todo en el universo. Experimentan entonces que el poder y el saber son dos cosas diferentes.

Por otra parte, aprenden también que ellos pueden adquirir un cierto dominio sobre ellos mismos y sobre lo que les rodea, que las respuestas a un gran número de preguntas se pueden encontrar en los libros. Es fundamental que los niños hagan este descubrimiento, que leer es aprender cosas. He conocido muchos niños que no habían pasado por esta experiencia. Ellos pensaban que leer es explicar una historia, pero no habían hecho el vínculo entre leer y saber.

Para aprender, el niño debe haber aceptado que el amor no lo colma todo, que hay algo que el amor no da, de donde puede surgir el deseo, y en particular el deseo de saber, que abre al deseo de aprender. De ahí que un niño pueda leer sin comprender ni gota, a falta de haber cumplido con esta operación de simbolización que es la experiencia de la castración.

Léa tiene ocho años cuando viene a la consulta debido a los resultados escolares mediocres y a una falta de atención que sorprende a la maestra. Niña viva y muy femenina, se interesa rápidamente en la oferta que se le hace de venir a hablar de sus problemas.

Sus padres se separaron cuando ella tenía cinco años. Su padre se volvió a casar con una mujer joven que tenía dificultades en hacerse respetar por Léa y su hermano. Las visitas con su padre iban acompañadas de muchos gritos y lágrimas. En cuanto a su madre, estaba deprimida desde que su marido se fue. Había engordado mucho. Léa intenta reconfortarla escuchándola. Se ha convertido en su confidente.

Se produce un giro cuando la madre encuentra un hombre. El cambio provocado por la llegada de un intruso desencadena en Léa una cierta agresividad. Pierde su lugar preferido. Sin embargo, el hombre escogido por su madre es joven y gentil, y ella es seducida por él. Ve también salir a su madre de su depresión, y esto tiene efectos positivos para toda la familia.

Entonces, ¿por qué este fracaso escolar? ¿De dónde proviene esta inercia, este desinterés con respecto al saber? ¿De dónde viene su fracaso, y sobre todo esta dificultad para leer, para comprender lo que lee?

Léa parece acaparada por algo más oscuro en relación a la cuestión de la feminidad y del vínculo amoroso. ¿Qué es lo que una mujer espera de un hombre? ¿Qué es ser una mujer para un hombre? Estas cuestiones movilizan en ella la pregunta por la relación sexual, que no puede escribirse, pero también el misterio de la feminidad. Este enigma fundamental de la sexualidad está demasiado presente en su vida para que ella pueda ser investida en otro saber. Su síntoma indica que un niño no puede leer lo que funda la relación entre un hombre y una mujer sin estar afectado por ello en su cuerpo y en su relación con el saber.

Veamos por qué. En ocasión de una sesión, Léa me explica que oye a su madre «llorar» detrás del tabique de su habitación. Esto le angustia mucho. Ella persigue así el ruido de los retozos amorosos de la pareja de su madre y su amigo. ¿Qué sucede detrás de la pared, qué significan los «llantos» de su madre? Freud precisaba que los niños que presencian las relaciones sexuales de sus padres creen en «una concepción sádica del coito».⁹

El niño imagina que el hombre violenta a la madre. Es así como lo interpreta Léa, que se preocupa mucho por su madre.

Su sueño se agita por este hecho: ella intenta comprender lo que sucede en la habitación de al lado. En una sesión, dibuja un niño encima de una montaña, vestida con un velo blanco entre dos enormes flores rojas. Este es el comentario que hizo de su dibujo: «Hay una bruja en lo alto de la montaña. Se pone blanco por todos los lados e incluso *descolore* todo, las flores, los árboles, todo. Cuando uno es blanco, se puede fundir en el decorado». Interpreto entonces que ella querría ser invisible para ver todo lo que sucede en la habitación de su madre. Se ríe diciendo que sí.

Léa sueña, en efecto, fundirse en el decorado para penetrar en el enigma de lo sexual. Esto le hace estar al acecho. Mantiene sus ojos abiertos durante toda la noche. Necesita permanecer despierta para creer en lo que oye. Su «pulsión invocante que es —nos lo indica Lacan— la más cercana a la experiencia del inconsciente»,¹⁰ se pone al servicio de la pregunta sobre la relación sexual entre un hombre y una mujer. ¿Qué oye ella? ¿Qué dice, qué hace su madre? Ella desplaza esta pregunta colocando entonces el acento en lo que ella querría ver para saber, hasta el punto de hacerse invisible. Así, ella hace existir en su dibujo la presencia de su deseo inconsciente: ser una bruja invisible. El significante «bruja» muestra que, para Léa, la prohibición sobre la sexualidad tiene una función de protección. La bruja es el nombre de lo que encarna la verdad prohibida. Ella sabe que no debería... pero imagina que igualmente podría saber.

Ahora bien, ¿cómo aborda Léa su feminidad? Me impresionó desde el inicio de nuestros encuentros el contraste entre la presentación de la madre y la de la niña. Con un sobrepeso considerable, la madre vestía sin ningún cuidado, era poco femenina. Léa, sin embargo, va siempre vestida con vestidos preciosos o pantalones ajustados, muy *sexis*; parece una preadolescente. Su feminidad se acentúa por su largo cabello dorado, y su cuerpo de niña, sexualizado por la ropa que le marca el cuerpo. La niña es el objeto femenino de su madre, tiene lo que le falta a ella, y está ahí para completarla en la juntura más íntima de su feminidad perdida: la gracia de la impúber. Léa encarna el fetiche materno, un fetiche *sexy*. Esta posición de pequeña mujer que sería el plus de gozar materno, pero también su valedor femenino, da a la niña una función de seducción que ella lleva con satisfacción. A Léa le gusta. Puede incluso seducir al amigo de su madre y mantenerlo a su lado. Es su fantasma, inconsciente por supuesto, pero también su respuesta a la demanda materna. Para satisfacerla, le es necesario prestarse a esta

feminidad precoz de su cuerpo, le hace falta encarnar la feminidad, hacerla tangible. Esta posición de niño con un cuerpo fetichizado tiene efectos para la pequeña. Ella se queja de síntomas somáticos de repetición, sobre todo un dolor de barriga que vuelve regularmente y que no tiene causa alguna.

Podemos entonces pensar que Léa no se interesa en el saber escolar porque está antes que nada interesada en lo que sucede en la cama de su madre. No puede comprender por qué su madre «llora», e interpreta que el hombre es violento con ella. Querría protegerla y le dedica un amor ilimitado. Este amor por su madre es una manera de sublimar su descubrimiento de la supuesta violencia en las relaciones sexuales.

Este amor en exceso se manifiesta también en la transferencia. Léa me ofrece múltiples pruebas de su amor. Dibuja repetidamente corazones rosas. Pero no se trata de un amor que se dirija al saber. Es un amor que manifiesta la necesidad para ella de quejarse y de ser amada por el Otro, como si los signos de amor fueran una condición para sentirse amada. Este amor de transferencia es también una manera de sublimar las pulsiones eróticas puestas en juego por lo que ella vive, lo que la angustia. Pues Léa debe ser amante y seducir para existir.

En realidad, su análisis pone en juego su gran fragilidad para asegurarse un amor invariable, seguro. Confrontada a las oscilaciones y a las vicisitudes de los amores paternos, ella padece los daños como si, para ella también, la cuestión de ser dejada y de no ser ya amada estuviera en juego. De ahí su vigilancia extrema para saber lo que sucede en las relaciones amorosas de sus padres. No les quita ojo de encima. Hasta el punto de que no es capaz de aprender nada en la escuela, como si su atención estuviera enteramente absorbida por lo que siente, vía su madre del amor por un hombre.

Si tiene acceso a la libido materna, a sus tormentos, es también porque ella se muestra por supuesto capaz de escucharlos. De hecho, teme que su madre no sepa mantener a un hombre a su lado. Es de lo que ella me habla. Le ayuda entonces a no comer demasiados dulces y a hacer deporte. La niña aporta una función materna para su madre. La tranquiliza. Pero situándose en este lugar, amaña las cuestiones que están en juego. Léa juega a ser tanto la pequeña mujer, cuando está al lado del amante de su madre, como la pequeña madre, cuando está con ella. Se ha extraviado como niña pequeña. La escuela le molesta, sus compañeras también. Ciertamente, sabe leer, contar, escribir, pero no está en el deseo de saber. Trabaja a partir de la coacción de la maestra, sin poder interesarse en lo que debería aprender. El saber escolar no le atrae. Es un saber que no se inscribe

como sublimación, pues lo que ella quiere saber no es legible. Necesita buscarlo sin cesar, espiarlo, descubrirlo, pero todo ello es en vano. Léa se ha puesto al servicio de la feminidad perdida de su madre; como una histérica precoz, la sobrepasa en su feminidad naciente y goza de ello.

Este encuentro con lo real de la sexualidad materna supuso un trauma para Léa y la precipitó en una posición de mujercita sexy, otro nombre de la fetichización del cuerpo del niño.

Para el analista, lo que es determinante es el malentendido del que se teje la neurosis. Se necesita reconocerlo y desalojarlo de su impacto negativo sobre el niño. El malentendido es de estructura. Está siempre al inicio. No se trata de suprimirlo o de negarlo. Al contrario, el analista permite captar mejor el resorte. El psicoanálisis no es una empresa de reparación. No preconiza el consejo o el compromiso. El psicoanálisis suscita el deseo, cosa que proporciona otra manera de verse, y otra mirada sobre los otros.